
D
DETECTIVE
Brent Channing
LA TUMBA
DE LOS DIAMANTES

BRENT CHANNING

LA TUMBA DE LOS DIAMANTES

1ª EDICIÓN
NOVBRE. 1952



EDITORIAL BRUGUERA
BARCELONA

TÍTULO ORIGINAL:

LET THE DEAD SLEEP ON

Versión castellana de:
BALDOMERO PORTA

 PRINTED IN SPAIN
Impreso en Gráficas Bruguera, Proyecto, 2 – Barcelona


La tumba de los diamantes
por BRENT CHANNING
D
DETECTIVE

CAPÍTULO PRIMERO

La grasa del bistec que esperaba en el plato, hervía y humeaba aún cuando sonó el timbre. Ni siquiera lo había probado, a pesar de que su perfume penetraba en mi nariz y que empuñaba cuchillo y tenedor como si estuviera verdaderamente hambriento. Eran cerca de las seis y media de un caluroso día de verano, y la última vez que el yantar y yo habíamos coincidido en un feliz encuentro, fué en el «Press Box»[1] del «Restaurant Row» de Manhattan, que ocupa la extensión de la calle 45, comprendida entre Lexington y la Segunda Avenida. Fué un tenteempié tempranero, compuesto de sopa de cebolla, *filet mignon*, habichuelas verdes, ensalada, pastel de melocotón y café. Ustedes comprenderán pues, que transcurridas seis largas horas tenía que estar hambriento. Le tengo cariño al «Press Box». Nada de decoraciones de salón de té en él, y, por añadidura, ninguno de los muchachos lleva el sombrero estilo *Regis Toomey* ni presume de sus «pisotones», es decir, de haber pescado la última noticia antes que nadie.

Ernie Perkins, un «cockney»[2] que me encontré en Inglaterra en lo más enconado de la guerra, atravesó el comedor de mi piso de cuatro habitaciones inundado de un áspero silencio. Vivo en la Séptima Avenida, estrujado entre un *saloon* y un paseo recoleto, fachendoso. Hice un signo a Perkins agitando la mano, y le dije:

—Abriré yo.

Perkins desapareció al momento. Mi criado es así: se esfuma o toma cuerpo sin necesidad de frotar ninguna lámpara[3].

Eché el cuchillo y el tenedor ruidosamente dentro del plato, y me dirigí hacia la puerta. Mi piso ha sido siempre estrictamente el piso de un soltero. Lo considero como un deber hacia la redacción del *Evening World*, de la que, por mis pecados, soy reportero de

crímenes. Hacía tanto tiempo que el timbre no había sonado, que ya no podía acordarme de quién llamó la vez anterior. Con lo cual estarán ustedes enterados de que no me visita mucha gente. Y comprenderán que fué con curiosidad, a la vez que con el disgusto de tener que esperar para entrar en un contacto más íntimo con el bistec, cómo abrí la puerta.

Mi primera intención había sido la de derramar un torrente de palabras terriblemente cáusticas, lo cual, según dicen, es mi especialidad. Pero no lo hice. Me quedé mirando con los ojos muy abiertos. Lo que vi me hizo apoyarme sobre mis talones y produjo en la máquina parlante Channing, es decir, de un servidor, un efecto…, un efecto paralizador.

Era una joven alta, cosa de una pulgada más alta que yo, lo cual le daba una estatura de cinco pies once pulgadas, y llevaba un abrigo de piel de visón; un abrigo corto que pendía como al descuido de sus hombros. Tocábase con un pequeño sombrero también de visón, que parecía contento de cabalgar encima de aquella espesa mata de pelo. Lo que pude ver de su vestido era de un azul brillante y completamente liso. Llevaba un collar de diamantes, pendientes de diamantes y «Su Excelencia» la joya
«U-21»,
con un reloj de pulsera de dos diamantes, faltando solo añadir que su vestido hacía juego con sus ojos. Usaba, además, el perfume «Chanel número 5», y con mucho menos de lo que había costado el vestirla, uno habría podido alquilar un piso en Manhattan con todo su servicio por un período de seis meses. Sin embargo, yo no presté demasiada atención a su atuendo. Fué en su rostro y en su figura en lo que fijé mis ojos… Casi un tercio de mi atención total se concentró en su faz; una faz redonda, rasgada por unos labios rojos, carnosos. En sus grandes ojos lucía en este momento una expresión mezcla de curiosidad y duda. Se me ocurrió que quizá la mirara con demasiada fijeza, de modo que deslicé un: «¿Qué se le ofrece?» y levanté los ojos para, que no se enredaran en ninguna de sus curvas.

—¿El señor Brent Channing? —preguntó ella.

Su voz era baja y musical, tal como yo hubiera afirmado tenía que ser. Declaré antes que su pelo era abundante; he de añadir que también era sedoso, del color del trigo maduro, y que se complacía en juguetear sobre sus delgados hombros.

Le dije que yo era Brent Channing, y me miró con tanta atención que no le hubiera sido difícil reconocerme si me hubiera encontrado de noche con las luces apagadas, en el curso de un bombardeo. Sus ojos vieron un individuo alto, de unas ciento sesenta y ocho libras de peso, con una ligerísima tonalidad gris, moteando lo que yo todavía sostenía muy acaloradamente, que era un pelo negrísimo, como el azabache. Soy un tipo tranquilo y despreocupado, a quien se conoce a la primera mirada; me gusta cualquier clase de música con tal que uno pueda silbar la tonada de la misma, fumar más cigarrillos de los que me convendría, la mejor comida que el dinero me pueda procurar, el aguardiente escocés en vasos pequeños, y lo demás por añadidura. Mi hogar responde a este patrón. En aquel preciso instante, llevaba una bata de nylon de fabricación sueca con un cuello estilo Ascot que forma solapas, pantalones de tela cruda, color gris, una camiseta de deporte «El Gaucho», con mis iniciales B. G. bordadas en la parte izquierda, y zapatos de piel de becerro Florsheim. La joven debió dar su aprobación, puesto que en las comisuras de sus labios se inició de pronto una muy débil sonrisa.

Calculé que ella tendría veintiún años; yo me estoy convirtiendo en un viejo de treinta y siete, y me acuerdo del modo cómo los ancianos entornaban los ojos mirándome, como si quisieran meterse dentro de mí. Así, pues, eché mano de una sonrisa verdaderamente Channing, y cogí la puerta de forma que sin decir una palabra entendiera la joven que la invitaba a entrar. Perkins no lo hubiera hecho mejor.

Cerré la puerta, y me arreglé la corbata «Regal-Aire» que dejaba oír su
fru-frú
alrededor de mi cuello. Ella se acercó sin rodeos a una silla, y sentóse cruzando sus medias de nylon como si estuviera habituada a situarse con comodidad en cualquier parte. El visón se entreabrió un poco.

Yo escuchaba los ruidos que producía Perkins, al fondo.

—Mister Channing —repitió ella, pero abandonando esta vez el tono interrogativo—. Me llamo Phillipa Bacall y vivo en *Suite* 508, en el Wallbender Building. Leo sus artículos en el *Evening World*, y creo que usted es precisamente el más sagaz de todos los reporteros de crímenes.

Yo escogí este momento para corresponder con una pequeña y modesta inclinación. ¡Channing… modesto! Me parecía oír ya a los compañeros en la redacción y en el «Press Box», saliendo en busca de aire después de un tornado de carcajadas.

—Dice unas cosas tan agradables… —le contesté—. ¡Y las dice tan agradablemente! Alguien le habrá contado, sin duda, que me gusta que las personas completamente extrañas aterricen aquí con una carreta rebosante de cumplidos. ¿Quedan más?

La joven descubrió las medias de nylon, y se subió el visón hacia los hombros.

—Esto, Mister Channing —dijo, haciendo pucherito con los labios— es sarcasmo, y el sarcasmo no está a tono con un desenmascarador de criminales. Usted no se sitúa, en su elevado nivel… el alto nivel que aprecio cada noche en el *World*.

Uno tiene que complacer a la clientela; de modo que le pedí:

—Debe perdonarme —y dirigí la mirada al bistec que un rato antes silbaba saliendo del fuego. Un mar de grasa rodeaba la «isla del bistec»—. Vea usted, a mí me gusta con locura la carne semicruda, y bien caliente. Es una de las diecinueve cosas de este mundo que me saca de mis casillas.

—Otra vez tiene que contarme cuáles son las dieciocho restantes —dijo, expresando con una mueca de desagrado que le inspiraba la «isla del bistec». Yo decidí no pedir bistecs nunca más, por temor a echar a perder la belleza de la Bacall con nuevas muecas agostadoras.

—Sí, lo haré —le prometí—. Pero algo me dice que usted no salió de Wallbender Building precisamente para prodigar elogios a su reportero de crímenes favorito.

—Yo no dije favorito, sino sagaz —me contestó ella, de modo que el pecho de Channing cesó de ensancharse, y Perkins salió de la nada con una bandeja. Una bandeja muy repleta. Debo advertir que le ayudé.

—Quizá la señora preferiría jerez —sugirió él, luego—. Le he servido el *Scotch*[4], señor —y se puso a revolotear alrededor de Phillipa Bacall como un sirviente con librea de oro, dándome ocasión para comprobar que mi visitante estaba, acostumbrada a que la atendieran.

Perkins había cortado media docena de apetitosos bocadillos.

Quizá era él quien entretenía a la visitante; acaso pensara que mi hospitalidad es un asco.

La joven cogió el vaso de jerez y lo dejó cerca del borde de la mesa. Luego dió un delicado mordisco al bocadillo, y resolvió que se hallaba mucho más a gusto con los dos nylones cruzados.

Yo me cogí al *Scotch* lo mismo que uno se coge a una paja la tercera vez de asomar a la superficie. Perkins desapareció casi por encanto… con el bistec.

—Acaso recuerde usted —empecé yo— que iba a contarme por qué ha venido en busca del reportero de crímenes favorito… digo… más listo.

Ella bebió unos sorbos de jerez, y me miró por encima del borde de su vaso. Sus grandes ojos permanecieron inalterables.

—Iba a decirle, Mister Channing, que ha venido a verle a usted una mujer terriblemente asustada.

—¿Asustada? ¿De qué?

Ella dejó el Jerez encima de la mesa. Sólo derramó un poquito, que descendía por el vástago de la copa hacia el mantel.

—No lo sé con certeza —respondió, con voz tan débil que tuve que inclinarme para oírla mejor—. Usted pensará probablemente que estoy loca al venir a contarle una historia tan disparatada…, pero, ya ve, creo que mi marido me da miedo.

Yo tomé otro trago de «Scotch». Sentí que lo necesitaba. Dirigí la mirada a su mano izquierda. ¿Reportero de crímenes? ¿Yo? No me había dado cuenta de las sortijas.

—¿Su marido? —Me quedé un momento reflexionando—. ¿Quiere decir que le pega?

Ella soltó una breve carcajada que resultó musical a pesar del temblor que la cortó bruscamente. La joven permaneció pensando unos momentos si valía la pena decirme nada más. Luego continuó muy deprisa.

—No, no me pega. Nos casamos hace un año. Yo acababa de dejar la escuela. Él era acaudalado y persuasivo; me llenó de regalos, y creo que me hizo perder la cabeza.

—¿Quiere decir esto que usted no le quiere?

La joven apuró el vino de un solo trago.

—Nunca; le he querido… si usted se refiere al amor de adoración que se supone que una mujer ha de sentir por su esposo.

Pero me ha gustado siempre… hasta…

—Míreme como a un investigador profesional —la animé—. ¿Hasta… cuándo?

—Hasta unos meses ha. Me pareció que empezaba a mostrarse reservado, hermético, tornadizo. No sé lo que hace.

—¿Para vivir, dice usted?

—Oh, no, nada de eso. Él es Olsen Bacall, ya sabe usted.

Lo dijo como si yo tuviera que saberlo. Lo sabía. Olsen Bacall, presidente del «Bacall Real Estate Incorporated». Había de haber comprendido hacía rato. Un hombre generoso para las obras de caridad, presidente del consejo de una docena de empresas en Nueva York, propietario de un yate, de un aeroplano…, manejando un talonario de cheques de los que hacen desmayarse a un cronista de crímenes, el querido y bueno de hermano Olsen no resulta tan afectuoso y generoso y caritativo en casa; ¿no es eso?

Ella jugaba con el pie de la copa.

—Sí lo es —le defendió—. No hay nada que no hiciera por mí. De veras, Mister Channing, parece un disparate, lo comprendo, pero no sabría citar nada concretamente…; sólo que se muestra reservado y que no sé qué hace.

—Empero, sí que lo sabe —le dije yo dulcemente—. Es un hombre de primera fila en esta ciudad; presidente del «Bacall Real Estate»; dueño de no sé cuántas compañías, y su nombre alarga en mi periódico las crónicas de las fiestas de sociedad.

—Sé cuanto me diga, Mister Channing —se había cansado de jugar con el vaso, y lo alejó de un empujón sin derribarlo. Si lo hubiera hecho yo, se habría caído y roto—. Pero mi marido se ocupa de alguna otra cosa, además. Por eso me tiene asustada. Un hombre de su posición no hace entrar en su propia casa a unos forasteros de baja estofa y niega, incluso, el hecho de que estuvieran allí, si todo ello no encierra algún misterio.

Yo me serví un segundo «Scotch», y me olvidé de comer un bocadillo. Acerqué a la joven una caja de cigarrillos, pero ella movió la cabeza haciendo danzar sobre su hombro los largos bucles de oro de su pelo. Tampoco yo quise ningún cigarrillo; por tanto, alejé de mí la caja.

—¿Forasteros de baja estofa? ¿Para qué acuden?

—No lo sé.

—¿Nada más?

—Nada. Es una locura; ¿verdad que sí? Sin embargo, no me gusta…, me asusta. Tengo miedo de que Olsen se meta en un verdadero peligro.

—¿Y usted quiere que yo le hable cariñosamente sobre sus forasteros indeseables?

Ella se sonrojó.

—Usted se ríe de mí. Además, sé que no hablaría con él.

—No lo decía en serio. Y no me voy a reír de usted. Pero ¿por qué no visitar a un abogado?

—¿Y que se ría él? Preferiría que se riera usted.

—Pero yo no soy un detective. Soy un cronista de crímenes que es otra cosa muy distinta.

—No lo creo así. Por eso vine a verle. Durante muchos días he debatido conmigo misma si lo haría o no. Por supuesto, si no le interesa…

—Cierto que me interesa. Pero, querida señora, con mi interés se corre el riesgo de levantar la tapa de lo que el hermano Olsen lleva entre manos. Y esto sería muy enojoso para él… y para usted. Los periodistas no siempre se muestran amables.

La joven se puso en pie.

—No me preocupa la publicidad —dijo, haciendo pasar las palabras entre sus blancos dientes—. Lo que no quiero es seguir así ni un día más. Mi casa no es mía. Salgo de un cuarto; personas extrañas se pasean de uno a otro lado. No vale que chille; Olsen dice que son imaginaciones mías. Usted no se figura, Mister Channing, una horda de ratoncillos corriendo por su casa.

Me levanté. Mientras la escuchaba, mi cerebro trabajaba estableciendo la base de futuras pesquisas. Y me oí a mí mismo diciendo, como quien recita de un catálogo:

—Usted se casó con Olsen Bacall hace un año. Hace quince meses que murió su primera mujer. Era… déjeme recordar… Dolores Duprez, una muchacha de los escenarios de Broadway. Recuerdo la historia. Interviué a Bacall en aquella ocasión, y se mantuvo más hermético que una ostra. Recuerdo también que no me gustó. Dolores se veía aún algo más sana de lo que yo estoy. Y murió de repente. No hubo ninguna investigación… Los Olsen Bacall de este mundo son muy hábiles, por lo visto, en librarse de

investigaciones —no había tenido la intención de decir todo esto en voz alta. Cuando oí, de pronto, mi voz, me detuve—. Muy bien, Phillipa… digo, *Mistress* Bacall… no soy detective, ni investigador, ni policía, ni ojo privado, pero soy reportero de crímenes… y nos interesa. Y si puedo ayudarla a librarse de este miedo… —Y terminé con una sonrisa «a lo Channing».

Ella se acercó a mí. Me di cuenta de que sus ojos parecían más animados; mis palabras le habían infundido una esperanza.

Tuvo que acompañarla Perkins; mis rodillas no parecían capaces de soportar ciento sesenta y ocho libras.

—Una señorita muy hermosa, señor —comentó, al regresar al comedor. Su ojo inquieto advirtió la fuente de bocadillos—. Con un apetito muy pobre, si me permite decirlo. ¿Quiere su bistec, ahora, señor?

—¿Bistec? —refunfuñé—. ¿Frío? Perkins, ya sabes que yo…

—Frío no, señor —su voz y su expresión eran los de un maestro que coge a un chiquillo en un berrinche—. Le he preparado otro. Éste está chirriando… como a usted le gusta.

—Perkins —le dije sinceramente— eres una joya.

Creo que descubrí un guiño de Perkins mientras se volvía a la cocina.

Lo que hice con aquel bistec es cosa que no importa a nadie. Ni a la tarta de manzana y crema que siguió. Ni, puestos en este terreno, al «Cointreau» con el que me gusta liarme. Y olvidé mi resolución de no volver a comer bistec nunca más, por temor a provocar una mueca en una Bacall.

Me paseé por la estancia, en paz con el mundo. Hasta que me senté y me puse a pensar en Olsen Bacall y su hermosa segunda mujer. Las diversas circunstancias empezaron a acumularse en mi mente; estaba ensimismado en mis pensamientos, cuando sonó el teléfono.

Descolgué el auricular; una voz me estaba ya hablando. Era una voz dulce, musical.

—¿Brent? Venga corriendo, por favor. He descubierto algo. Sé qué negocio clandestino está manejando mi esposo —pude escuchar un sollozo—. Es terrible, increíble. Venga, por favor.

El teléfono quedó mudo. Hubiera afirmado que Phillipa Bacall no había colgado por su propia voluntad; lo comprendí. Perkins

estaba en la puerta de la habitación cuando llegué a ella. Cuando lo tomé a mi servicio, en Inglaterra, presentí ya que nunca me arrepentiría. Entregóme un «Colt» del 45 con toda la solemnidad de un arzobispo ordenando un sacerdote.

—Es posible que lo necesite, señor —dijo, con un rostro tan expresivo como una hoja de papel en blanco.

Capítulo II

El Wallbender Building se precipita hacia el cielo con su altura y su extensión, cuál si estuviera ansioso de meterse entre las estrellas. Yo me lancé hacia el «De Soto». No oí ninguna sirena de la policía, lo que indica que corrí demasiado raudo para que los agentes de ronda me vieran. Mi hombro empujó un sinnúmero de puertas giratorias de cristal, y finalmente me introduje en el ascensor.

—El piso de Bacall —dije.

La chica pelirroja del ascensor me dirigió una de esas miradas de significado especial, y se alisó la triple hilera de rizos; entreteniéndose un buen rato en una de ellas, para mantenerla en su lugar. Llevaba dos peinetas; en una faltaban cuatro púas. Tenía en las medias una carrera incipiente, y despedía algo de perfume… del de a cinco centavos. Tenía los labios húmedos, y sus ojos no se apartaban del perfil de Channing. Y no dijo nada, hasta que nos detuvimos en el piso treinta y siete.

—El piso de Bacall está a la derecha —indicó, con el estilo de voz que suele restallar en los desfiles. La pelirroja había perdido su interés por Brent Channing. Entraba un individuo corpulento, cuyo estómago se derramaba fuera de sus pantalones como un rollo de mantas. Ella echó mano otra vez del *sex appeal*. La faz del hombre estaba llena de manchas rojizas como las de los niños que acaban de sufrir un ataque de viruelas locas, y sobre su corbata de color limón se deslizaban media docena de barbillas de la papada. Y sólo cuando las puertas del ascensor se cerraron tras él, recordé que era Olsen Bacall. Entonces se dibujó en mi mente la figura de Phillipa Bacall, y un estremecimiento recorrió mi cuerpo.

Doblé a la derecha, y avancé por el corredor hundiéndome hasta la rodilla en la alfombra. El piso de Bacall estaba al final y cogía la

mitad de la superficie del edificio. Las dos hojas de una puerta batiente daban acceso a un pasillo cubierto de espejos. Las dos se abrieron al más leve empuje. La puerta de entrada al piso estaba entreabierta; quedaba el espacio suficiente para que pasara un gato. Olsen Bacall había salido tan precipitadamente que se había olvidado de cerrar. Y ahora que le dedicaba alguna atención, me pareció haber visto que la parte superior del rostro de Olsen Bacall estaba bañada de sudor.

La voz de Phillipa, en el teléfono, había sonado, urgente, insistente, aterrorizada. «Venga pronto —había dicho—. Ya sé qué negocio clandestino lleva mi marido entre manos; es increíble».

Perfectamente, Phillipa. De modo que vine corriendo y ahora podrá contarme usted cuál es el negocio increíble. Phillipa no es el tipo de mujer que suele exagerar; si decía que la cosa era increíble, lo sería en verdad, y los asuntos de esta categoría provocan un calorcillo de gozo en el corazón de un periodista.

Según mi apreciación —ahí va una dosis de mi cinismo impertérrito— el periodismo es una porquería. Pero da para vivir. Por eso uno les queda agradecido a los borrachos, los canallas, los pillos, los desastrosos, los depravados, los envilecidos, los falsificadores, los timadores, los carteristas, los policías, los paletos, los buscadores de publicidad, los incendiarios, los fumadores de opio.

Algunas veces pienso que me proporcionaría un fino y limpio trabajo el ir clasificando a toda la chusma de la ciudad.

Me quedé muy quieto junto a la puerta de entrada, y agucé el oído. Silencio de muerte. Los criados de Bacall llevarían sin duda zapatillas de terciopelo. Empujé la puerta con mano firme, y se abrió silenciosamente. La habitación que tenía delante era capaz sólo para doscientos invitados a la celebración del veintiún cumpleaños, una banda de ocho instrumentos y dos bares para «cocktails». Todos los muebles eran de sándalo blanco, y los tapices, de China auténticos. La alfombra era tan gruesa que uno habría podido caerse del techo, que tenía veinte pies de altura, y no darse cuenta de ello. Las flores naturales y artificiales, abundaban tanto que aquello parecía un cementerio en una tarde de domingo. Los cortinajes, ricos, floreados, colgaban hasta el suelo. Éste era el hogar de un hombre que hubiera podido pagar todas las deudas de

la nación, y quedarse todavía con unos cuantos millones en el bolsillo de atrás del pantalón.

Olsen Bacall había salido precipitadamente, en efecto; un enorme jarrón japonés de claveles había sido derribado. Todavía goteaba el agua desde el pedestal de sólido roble sobre la alfombra. Exceptuado esto, todo parecía perfectamente normal. Una caja de cigarrillos incrustada de piedras preciosas destacaba encima de una mesa lateral de ónix; una docena de espejos reflejaba la luz de las treinta y seis lámparas encendidas, deslumbrantes; un par de pulgadas encima de mi cabeza un reloj con esfera de oro dejaba oír su acompasado tictac. Yo seguí hacia dentro.

Entre un par de divanes, a mi derecha, veíase una puerta entreabierta. La alcancé en ocho zancadas. La atmósfera perfumada que me dió la bienvenida, indicóme que me hallaba en el dormitorio de Phillipa. Era pequeño, sólo como la mitad del salón; uno necesitaba una guía para moverse por él. Tuve que detenerme y esperar unos segundos, para darme cuenta de la situación de cada objeto.

Estuve en un tris de no fijarme en Phillipa ni en su áurea cabellera. Vila por fin sentada en una silla de alto respaldo, delante de la mesa de forma arriñonada del tocador. Pero fue una visión al descuido por el rabillo del ojo, obtenida cuando acababa de pasar por delante del tercer guardarropa. Miré al otro lado de la revuelta cama, y la vi. Pero tuve que mover la cabeza por dos veces de un lado a otro, como el muñeco de un ventrílocuo para enfocarla bien.

Llevaba unos pantalones de seda azul, una blusa de seda y los nylones. El abrigo de visón estaba encima de la cama; el turbante de visón, en el suelo. Sobre la mesa había, un retrato con un gran marco. Era el de Phillipa, con un peinado alto. Sin embargo, ahora no lo llevaba así. Su pelo era espeso, abundante y largo, y caía sobre sus hombros. Unos bucles se habían metido debajo de la blusa.

Yo no esperaba encontrar a Phillipa sentada ante su tocador. Creí encontrarla paseando arriba y abajo de la habitación, retorciéndose las manos.

La vi en tan buena compostura que hubiera dicho que lo había discutido todo con su esposo, y había decidido perdonarle. No tuve demasiado tiempo para admirar su centelleante, mata de pelo

bronceado, ni las largas piernas, las delicadas orejas o los rojos labios. Estaba demasiado atareado estudiando el espejo ovalado de la mesa-tocador que me devolvía su imagen. Me escurrí por encima de la alfombra persa dando un gruñido. Phillipa no movió un solo músculo. Permaneció sentada, con la espalda apoyada en el alto respaldo, quieta y silenciosa. Después de una segunda mirada no esperé ya que se moviera ni hablara. Como tampoco tuve tiempo para admirar su belleza.

No esperé ni siquiera que hablara ya nunca más… y ello principalmente porque, en el mismo centro de su empolvada frente, veíase un agujero de obscuros bordes.

Había descubierto cuál era el negocio de Bacall. Pero no me lo diría. No se lo diría jamás a nadie. «Soy una mujer aterrorizada», había declarado. Pero no había podido proporcionarme otra ayuda que estas palabras. Se me hacía un nudo en la garganta. Extendí la mano, y Phillipa resbaló de la silla, cayendo sobre la alfombra. El dorado pelo cubrió su rostro como una máscara de la muerte. Al salir de la habitación, me sentía, mareado. Escudriñé todo el piso, pulgada por pulgada. No había ningún criado. Y tampoco vi los pendientes de diamantes, el reloj y el collar que llevaba antes.

La pelirroja del ascensor había terminado su jornada. Me bajé yo mismo, salté al «De Soto» y me dirigí a una tienda, desde donde telefoneé a la sección de homicidios. Nadie podía impedirme, que preguntara directamente por el oficial detective Spud Murphy.

Luego regresé a mi piso, y desahogué el marco en la pila del lavabo.

CAPÍTULO III

A la mañana siguiente, lo primero que hice fué telefonear a Olsen Bacall. No le hallé. Hablé con el Departamento de Policía en general y con Murphy en particular, y me dijeron que no había ningún informe sobre la muerte de Phillipa. Los periódicos de la mañana publicaban un relato y fotografías en la primera página. Decían todos que se trataba de un suicidio. La policía encontró una pequeña pistola automática, con incrustaciones de perlas, al lado de la mesa tocador. Cuando yo salí del dormitorio, no estaba allí.

Me puse en contacto con un enlace de Wall Street, y supe que las acciones del Bacall Real Estate habían empezado a bajar hacía seis meses. El calculaba que el margen de ganancias de Bacall había periclitado, y que ahora Olsen no era un hombre tan rico como la gente hubiera creído.

Watkins, el director de mi periódico, telefoneó preguntándome qué diablos hacía. Le contesté que yo no publicaría ninguna información… todavía. El hombre se puso a gruñir como un perro abandonado. Es su costumbre. Le dejé que gruñera.

Salí al sol de la mañana con un Dobbs Buckskin Rancher colocado airosamente sobre mi cabeza, y di la vuelta a la manzana dirigiéndome al «Coal Hole» de Eddie Terroni, en la Segunda Avenida. Me encaramé a un taburete de terciopelo rojo, y me miré en el espejo.

Tampoco así tenía mejor aspecto.

Al, el del mostrador, me acercó un *Scotch*.

—Doble —indiqué.

Él me miró. Yo siempre tomo un vaso pequeño.

—Debe de encontrarse mal —me dijo, con una sonrisa.

Yo le contesté, amargado:

—También usted se encontraría mal si hubiese hallado un cadáver.

Él silbó.

—¡No bromee! ¿A qué se parece? —El camarero tenía la nariz rota en la parte aquélla donde descargó una vez el puño de Joe Louis; lo cual no le daba un aspecto tan entusiasmado cuando volvió a sonreír.

Eddie Terroni se acercó derramando sonrisas, reverencias y perfume. No me pregunten por qué, pero Eddie Terroni cree que yo soy un tipo extraordinario. Cogió mi cuenta, y la agitó ante Al, diciendo:

—Cárgalo a Eddie. Para celebrar el glorioso día.

—¿Lo es? —Gruñí yo.

—¿Tiene algo importante en su cerebro, Mister Channing?

—Importante y desagradable —repliqué, apurando el *Scotch* de un trago. Y como no me encontré mejor, Al me sirvió otro… doble. Los ojos de Eddie se abrieron de par en par.

—Ha de ser malo —comentó, mientras yo cogía el vaso con tal fuerza que se me pusieron los nudillos blancos.

—Malo para Olsen Bacall —contesté.

Eddie silbó entre dientes. Había nacido en Italia sesenta veranos atrás. Tenía el aspecto de italiano. Era honrado.

—Su mujer se mató la noche pasada —murmuró para sí—. Tal dicen los periódicos. ¿Tiene usted otras ideas?

—Muchas —respondió.

Él estuvo a punto de volver a silbar, pero en vez de hacerlo me cogió bruscamente por el brazo y pilotóme hasta una mesa, en un rincón cubierto de flores. Nos sentamos. Yo me había traído el *Scotch*. Le di a Eddie un «Chesterfield», y se puso a despedir anillos de humo hacia el techo, estilo italiano renacimiento. No bebió; durante el día nunca bebe.

—Olsen Bacall estuvo aquí anoche —me confió, recorriendo toda la sala con una mirada escudriñadora; mirada inútil, puesto que el establecimiento estaba vacío.

—¿A qué hora?

—Serían las siete cuarenta y cinco —reflexionó un momento—. Sí, eso es. Yo acababa de poner en la radio el programa Grape Nuts. Empieza a esa hora.

Mi cerebro trabajaba aprisa. El reloj del «De Soto» señalaba las siete treinta y cinco cuando paré delante del Wallbender Building. Cuando vi a Olsen Bacall entrando en el ascensor, debía de dirigirse al «Coal Hole» de Terroni.

—¿Vino solo?

—Sí. Pero no estuvo solo mucho rato. Bacall nunca lo está.

Yo reflexioné sobre su reputación, y me libré de mis reflexiones con otro sorbo de *Scotch*.

—¿Una mujer?

—Sí. Alta, elegante, con el pelo negro, trenzado.

—¿La habías visto antes?

—Nunca. Se reunió con él dos bailes después de que él llegara. Estuvieron aquí una media hora, y salieron juntos.

Yo digerí aquellas noticias, que me produjeron un dolor opresivo alrededor del ombligo.

Eddie apagó su cigarrillo en una bandeja de cristal.

—Entonces no me llamó mucho la atención. Pero Maisie la vió también. Puede que sepa quién es. ¿Quiere que se lo preguntemos?

—Si —dije lentamente—. Quiero, saberlo.

Maisie es la esposa americana de Eddie Terroni. Éste gritó a Al:

—Di a *Mrs*. Terroni que venga.

Al asintió con un movimiento de cabeza, y dos segundos más tarde estaba yo acercando una silla para que recibiera la mole de Maisie. Maisie no es, sólo corpulenta, es enorme; tiene los brazos como mis muslos. No es vieja; tendrá un par de años menos o más de los cuarenta. Sabe cuidarse; el lápiz de los labios le dice a uno que la buena mujer todavía confía en su voluminoso cuerpo. Conserva la línea… podrían decir aquéllos a quienes gustan las líneas bien recubiertas. Maisie es un tributo a la química moderna. Las maravillas del laboratorio brillan en ella desde el carmín de sus labios a la rosa de sus mejillas y al oro brillante de su pelo. Un pelo chamuscado que se secó de tantas veces de secarse en tantos secadores. Pero era tan vivaracha como su marido, siempre sonriendo y con una naricilla que se niega obstinadamente a no respingarse.

Llevaba un gato con ella. Maisie sin gato sería como Maisie sin vestido. Nunca, andaba una yarda sin uno. Los lleva habitualmente alrededor del cuello, lo mismo que otras muchas mujeres llevan

animales muertos. Sólo que los gatos de Maisie están vivos. El de esta mañana era rojizo, y runruneaba. La mujer se sentó, dijo que sí tomaría un «Grand Marnier», puesto que Maisie no bebe otra cosa que licor, y Terroni se jacta de tener todos los licores conocidos en el mercado.

Así pues, Al nos sirvió las copas, y yo saqué nuevamente los «Chesterfield». Maisie fuma como un hombre; la primera chupada descendió hasta el fondo de sus pulmones. Y no salió ya.

—¿Recuerdas que Olsen Bacall estuvo aquí, anoche? —le preguntó Eddie. Ella afirmó con la cabeza, y el gato se sostuvo tenazmente—. ¿Quién era la dama?

Ella arrugó el entrecejo, poniendo a prueba su cutis de botella, y bebió un sorbo de «Grand Marnier». Casi medio vaso.

—Inez Martell —contestó—. Solía estar en Broadway, pero ahora ha encontrado un recurso más fácil para reunir mucho más dinero.

—El recurso de Bacall —puntualizó Eddie.

—Ya veía —dije yo, aunque no veía ni la mitad de lo que hubiese deseado ver.

De modo que mientras Phillipa estaba sentada en su silla de muerte de alto respaldo, con una bala en el cerebro, Olsen Bacall entretenía a Inez Martell. Simpático sujeto.

—¿Dónde vive esa dama? —pregunté.

Ella volvió a esforzar su cutis de laboratorio.

—En Riverside Drive… no sé el número. Lo encontrará en el listín.

Me levanté.

—Puede estar segura que lo encontraré —afirmé. Y antes de que Eddie Terroni hubiese tenido tiempo de reflexionar, o de que el gato de Maisie despertara, yo estaba fuera del «Coal Hole», corriendo hacia el «De Soto»… y luego hacia Riverside Drive.

CAPÍTULO IV

Mientras me alejaba de mi casa con el «De Soto», un sedán negro se puso en marcha, y pegóse tras de mí. Lo vi en el espejo. El conductor era un individuo delgado, cuyos rasgos fisonómicos se contraían de tal modo, que uno habría tenido que invertir varias horas en desenmarañarlos. Por mi parte, hubiese preferido volverlos a poner en revoltillo, si alguien se hubiera metido a desenredarlos. Había reconocido en él a Charles «the Nick», uno de los pistoleros más desalmados de los barrios bajos de la ciudad. Y el bribón de ojos tristes, cara famélica y nariz de payaso que estaba a su lado, era Jerry Heisler, un bicho capaz de realizar cualquier faena, siempre que se le pusiera delante el número adecuado de billetes.

Ahora parecía que había la cantidad suficiente de «pasta» de por medio.

No enfilé directamente hacia Riverside Drive. Hice, en cambio, que los muchachos gastaran gasolina. Metí al «De Soto» por entre el maremágnum del tráfico, bajando por una calle y subiendo por otra, hasta que pensé que la cabeza les daría vueltas. Pero los Charley «the Nick» y los Jerry Heisler están acostumbrados a que les de vueltas la cabeza. De modo que cuando me detuve, obligado por las luces del tráfico, no me quedé muy sorprendido al ver que el sedán negro se paraba junto a mi coche. Como el cristal de la ventanilla del «De Soto» estaba bajado, me asomé fuera, y les saludé con una sonrisa.

—¡Hola, chicos! ¿Cómo van los negocios?

Charley «the Nick» no se sonrió. Si lo hizo, uno tampoco se hubiera dado cuenta, con aquella jeta que se traía. Pero Jerry Heisler sí lo hizo; aunque sus ojos permanecieron tan tristes como habían estado siempre, desde el día en que descubrió que la policía

no aprobaba su profesión.

—A nosotros muy bien —contestó—. Es por usted por quien nos inquietamos. ¿A dónde se dirige?

—A San Francisco.

—Toma mal camino —observó Jerry con una mueca.

—Eso es cosa mía —repuse yo, apretando el embrague para arrancar.

—Si yo fuera usted, permanecería neutral —dijo Jerry—. Su coche no quedaría tan destrozado entonces. Con una bala en un ojo, no se ve demasiado bien.

Elegantemente apoyada sobre su brazo izquierdo, tenía una «Luger». Ello no me hubiera enojado mucho, a no ser que me apuntaba a la cabeza.

Lo habían calculado con toda la astucia. Demasiado astutamente, quizá. En el momento en que Charley «the Nick» soltaba el pedal y el sedán se ponía en marcha, Jerry disparó. Nunca he quedado tan agradecido a «the Nick». A no ser por él, diez minutos después hubiera estado yo encima de una tabla, en el depósito de cadáveres. Gracias a Charley, la bala no dió con mi cabeza, sino que atravesó el «De Soto» y se hundió en un fardo de algodón de un camión que estaba arrancando. Las detonaciones no sobresaltan a nadie en Nueva York; docenas de coches atruenan el espacio con sus tubos de escape a cada minuto. La circulación siguió en remolino, el sol caía a plomo, y el «De Soto» se lanzó ansioso de alcanzar al sedán, pero el sedán debió de tomar la ruta de Indianápolis. No lo volví a ver en todo el día.

Me dirigí despacio hacia Riverside Drive. Fumé tres «Chesterfield», uno después de otro; luego cogí otro cigarrillo, porque no recordaba haber fumado ninguno.

Brent Channing tenía que morir. Ésta había sido la idea primaria. Existía alguien que no quería tropezarse con el cronista de crímenes del «Evening World». Alguien había alquilado un par de caballeros bromistas, para asegurarse de que Channing pasara el resto del tiempo con un sobretodo de madera.

Alguien se había deslizado en su ruta: Charley y Jerry. Pero yo quería saber quién era el que estaba en la cumbre, quién preparaba las órdenes y daba, el dinero.

Me detuve ante una tienda, repasé el listín de teléfonos, anoté la

dirección de Inez Martell, y paré el coche delante de su casa. Había unos treinta coches parados allí; no importaría mucho que se añadiera otro.

El edificio no podía compararse con los de la trepa de los Bacall, pero quedaba muy bien. Inez vivía en el tercer piso; por lo tanto, subí. Apreté el botón del timbre. Me sentía tan exaltado, que tarareé un trozo de «La Marcha de la Muerte». Oí un ruido de pisadas, y esperé.

Pronto se abrió la puerta.

Pero no apareció nadie para saludarme. Yo no había confiado en hallar la banda de la ciudad, pero parecía bastante razonable que esperara ver a la dama que abrió la puerta… Si era una dama.

Sólo que no lo era.

Di un puntapié a la parte inferior de la puerta para que se abriera bien, y acaricié el «Colt» del 45 debajo de mi sobaco. La confianza que me dió no llegaba al calibre del 45. Y mientras andaba, recibí el saludo que echaba de menos.

Fué de un hombre. Y me sobresaltó.

—Entre, Channing. Le aguardábamos. Generalmente, los periodistas meten su cochina nariz sin andarse con rodeos.

Entré…, en gran parte porque vi una «Luger» en línea con mi estómago. Y la puerta se cerró tras de mí. Jerry Heisler sostenía el arma. Charley «the Nick» actuaba de portero. Mis pasos debían resultar notablemente aprensivos, puesto que Jerry sonrió.

—¿Qué le pasa, Channing? ¿Mariposillas en el estómago?

¡Cómo se mofaba! Estaba sentado ya cómodamente en un sofá, con los pies sobre una mesilla de café. Charley «the Nick» se arrellanaba en el extremo del sofá.

—Lamento que sufrierais aquel fracaso por la mañana, muchachos —les dije—. Debéis tratar de poneros de acuerdo; no sirve de nada que uno maneje el arma, mientras el otro pone el coche en movimiento.

Charley «the Nick» se acarició toda la fisonomía con un solo pase de su mano ancha, sudorosa.

—No te preocupes, hijo —replicó—. Nos pondremos completamente de acuerdo sin ningún inconveniente. Supusimos que si Jerry no te había matado, vendrías aquí.

—Sí —convino Jerry—. Ha sido usted muy amable al ahorrarnos

un montón de trabajo, Channing. No todos nuestros parroquianos son tan considerados.

En el mismo centro de la habitación había una mesa refectorio de roble. Me aproximé a ella, y saqué un paquete de «Chesterfield». Acerqué la llama de una cerilla a un cigarrillo, y eché una bocanada de humo en dirección a Jerry. Sólo que no le alcanzó del todo. En una mesilla lateral había un Yamu Noguchi esculpido en madera de abedul formando el pie de una lámpara con una pantalla de material plástico, y un sinfín de otras chucherías elegantes.

—Ea, muchachos, suelten lo que sea —dije. Pero ¿quién era yo para esperar que soltaran?

—Lo único que hay que soltar está dentro de esta «Luger» —contestó Jerry, dando una palmadita al arma.

—Y va a llegar pronto, Channing, para que no ande metiendo esa narizota suya por todas partes —añadió Charley.

—¿Por qué? —pregunté yo—. ¿De qué os servirá el acribillar al mejor compañero que hayáis tenido jamás?

—¿El mejor compañero? —repitió Jerry, con irrisión—. ¿Cómo ha sido eso?

—¿Quién habló en descargo de Heisler y «the Nick» en el caso de Cater? Channing, por supuesto. ¿Quién planteó todas las preguntas y obtuvo todas las respuestas en el secuestro del niño Breukenburger? Channing.

—Cierto, cierto —convino Charley «the Nick»—. Sólo que usted obtiene las respuestas a las interrogaciones cuando tiene la mano empuñando un arma. Como nosotros la tenemos ahora, vea usted.

—De modo que tendrá que contestar a todas las respuestas, Channing —concluyó Heisler, rascándose la gorda nariz con el dedo pequeño de su mano izquierda—. Por ejemplo: ¿recibió anoche un individuo simpático como usted, una visita en su piso?

Yo lancé un anillo de humo. Perfecto. Me costaba veinte años de ensayo. Y lo había logrado. Uno puede hacer todo lo que quiera, si ensaya todo el tiempo que se precise.

—Quizá la recibí yo.

—Corte los «quizá», Channing —advirtió Nick, con un bufido—. Le hemos preguntado: ¿la recibió?

—Sí —dije—. Es cierto. ¿Importa?

—¿Una mujer?

—El atender hombres no me causa un placer exagerado —declaré yo—. Siempre abrigo el temor de que se conviertan en ratones como vosotros, chavales.

—Esto no le servirá de nada —atajó Heisler—. Limítese a seguir contestando, y adelantaremos camino. ¿Quién era la mujer?

Yo lancé otro anillo de humo. Muchacho, soy un brujo. Metí el dedo en el mismo centro; nada más que para darle un aire más diabólico.

—No creo que me dijera su nombre.

—Déjese de reticencias y hable claro —cortó Charley «the Nick»—. ¿Quién era la dama y qué quería?

—No me lo dijo.

—Se lo dijo, y usted va a confesarlo —conminó Heisler, con saña.

Al mismo tiempo hizo un movimiento con la «Luger» y «the Nick» me cacheó expertamente, lo mismo que lo hace la policía: debajo de ambos brazos, debajo de ambas piernas, alrededor de la cintura… en los bolsillos. Mi «Colt» se lo guardó en su chaqueta, diciendo:

—Es peligroso llevar armas de fuego.

—Tengo licencia —repliqué. Pero no vieron ninguna gracia en mi réplica. «The Nick» es un individuo forzudo. A primera, vista no lo creerían ustedes. Tiene los hombros anchos y los brazos de acero. Sin embargo, es delgado. Los tipos esbeltos engañan. Lo comprendí cuando me dio un puñetazo en la sien. Su puño se levantó disparado desde la misma costura del pantalón, y me hizo resbalar fuera de la mesa. Caí sobre las rodillas y agitó mi cabeza como suelen hacer los vencidos al final del quinceavo «*round*», cuando el campeón ha obsequiado su cuerpo con todas las habilidades que conoce. Dando unos pasos inseguros, me puse nuevamente de pie. Pero «the Nick» no había terminado, y me cruzó las mejillas con unos cincuenta cachetes dobles, es decir, con ida y vuelta.



Entré... principalmente porque vi una "Luger" apuntandome al estómago...

Detrás de mí había un diván, en cuya funda se veían un montón de puntos de adorno; él me salvó de dar contra el suelo. Caí de espaldas sobre él, y «the Nick» emprendió otra vez la función. De mi nariz manaba un hililllo de sangre; tenía un sabor salado. Me zumbaban las orejas, y una tonada sin nombre me agujereaba el cráneo.

—¿Ve usted? —me dijo Heisler, en tono ligero— es forzoso que

hable. ¿Por qué no empezar enseguida? ¿Era Phillipa Bacall la mujer?

Yo le miré. Su nariz de payaso era multicolor; un detalle que no había observado antes. Y resultaba más grande de lo que yo hubiera dicho.

—¿Cuál es la finalidad de hacer preguntas, sobre las cuales ya saben la contestación?

—De modo que *era* la señora Bacall. ¿Y fué la misma señora Bacall quien le telefoneó más tarde?

—Sí, Phillipa Bacall me telefoneó —contesté—. Pero ¿a dónde conduce todo esto? Phillipa ha, muerto. ¿Verdad?

—Cierto que murió. Con sus propias tijeras se cortó el hilo de la vida.

—Quiere decir que se suicidó —tradujo «the Nick», quien pensaba que era yo el zángano.

—¿De veras? —pregunté yo con ironía, aunque a decir verdad no estaba de buen humor—. ¿Y qué motivos tendría una chiquilla de veintiún años para hacer tal cosa?

—Pregúntemelo —dijo Heisler—. Es triste, ¿verdad?

—Sí —respondí—. Será prostático su marido.

—Queremos saber lo que le dijo la dama por teléfono indicó Charley.

—¡Ah!, ¿eso es? Todo esto para llegar a una nimiedad así —y arrugué el entrecejo—. No quiero decirlo —añadí, con el tono de una muchachita de la escuela, ruborosa.

—¡Hable! —tronó «the Nick».

—Bueno —dije lentamente— me llamó para decirme que soy el hombre más guapo que jamás viera.

Heisler produjo un ruido semejante al de una rueda trasera al deshincharse. «The Nick» escupió sobre la alfombra de Inez Martell.

Y el timbre de la puerta sonó.

CAPÍTULO V

No me hablen de los que manejan las sacas de correos. «The Nick» me cogió en sus brazos —y ya saben ustedes mi peso— y me arrellanó en el diván al lado de Heisler.

—Abra el pico una sola vez, y se convertirá en un angelito —me dijo, escondiéndose la «Luger» en el bolsillo y apretando el cañón contra mí. Abrióse una puerta lateral de la habitación, e hizo su entrada Inez Martell. Charley «the Nick» cogió un libro, y se sentó haciendo como que leía absorto por la narración.

Desde la brillante superficie de su negro pelo hasta los pies calzados con sandalias, a la señora Martell no le faltaba nada.

Dirigióme una larga mirada, y su ceja derecha se enarcó levantándose cosa de un octavo de pulgada. Arreglóse el vestido caprichosamente moteado de flores, y atravesó la estancia como una pantera. Llevaba medias
fru-frú
de encajes sobre fondo negro.

Un reportero de crímenes se lleva todas las sorpresas. Si hubieran ofrecido un premio al que acertara la identidad del visitante, yo hubiera soltado estas posibilidades: la policía, Olsen Bacall, un viajante de los que venden lencería a plazos, o el administrador viniendo a cobrar alquileres atrasados. Y seguiría por este mismo orden.

El visitante era una chiquilla. Su edad no pasaría ni en un día de los dieciséis años. Tenía el pelo rubio, que le caía un poco más abajo de la línea de los hombros. Llevaba una blusa blanca y una falda de tartán; iba sin sombrero. Su rostro era infantil: ojos grandes e inocentes, y mejillas sonrosadas. Su presencia me hizo arrugar nuevamente el entrecejo Los «the Nicks», los Heislers, los Martells,

los Bacalls… todo esto lo comprendía.

Tenía un hoyito en cada mejilla. Y pude adivinar que su madre todavía tenía que lavarle el pelo. Entró como si se fuera corriendo, despreocupada y feliz, a la escuela. Pero la única maestra disponible era Inez Martell, y yo no hubiese querido que ninguna hija mía aprendiera las materias en las que Inez mereciera título.

La chiquilla asistiría aún a la escuela; debía de tener una muñeca que se llevaba consigo a la cama cada noche y a la que hablaba, seguramente, por la mañana o le cantaba quizá una canción de cuna. Éste no era lugar para ella. Apreté los dientes y dirigí a Heisler y a «the Nick» una mirada dura, de esas que se reservan para los objetos inmundos que ensucian los estanques de lirios. Pero se hubiera precisado mucho más que duras miradas para sacarme de aquel sumidero.

La niña sonrió a Inez Martell, mientras ésta cerraba la puerta.

—¿*Miss* Martell? Yo soy Edwina Blake. La Sociedad Secreta Mardí Gras[5] me ha invitado a que viniera a verla.

—Y tú lo has hecho —dijo la Martell—. Entra, pues.

Charley levantó la vista del libro que simulaba leer. Líneas de miedo se dibujaron repentinamente sobre y debajo de sus ojos.

—¿La Sociedad Secreta Mardí Gras? —repitió—. Di, pequeña: ¿sabes el significado de la palabra «secreta»?

Ella le dirigió la mirada que un hermano mayor recibe de su hermana menor.

—Naturalmente, lo sé.

—Significa atarse una cadena a la lengua y dar a otro la llave del pensamiento —dijo Jerry Heisler, hundiendo el cañón de su arma, en mi cuerpo.

—Lo sé —contestó Edwina—. He jurado guardar secreto —y dibujó una cruz sobre su corazón, y se pasó un dedo humedecido sobre la garganta.

—Así, pues, no sabe nadie dónde estás ahora —la voz de Heisler descendió hasta los tonos más profundos de la escala.

—Ya se lo he dicho —replicó Edwina, golpeando el suelo con su menudo pie—. Yo no hablo; ningún miembro del Mardí Gras lo hace.

—Sigue así siempre, niña —recomendó la Martell, jugando con su brillante trenza de negro pelo. Yo calculé que de estar suelta, le

llegaría a la cintura.

La pequeña Edwina Blake no advirtió la mirada de los negros ojos de aquella pantera; yo sí. Me dió la impresión de que estaba resolviendo un jeroglífico, y que todo lo que me faltaba para completar el rompecabezas, era colocar una pieza en su sitio. Dicha pieza se llamaba Edwina. Pero en cualquier parte que quisiera colocarla, desentonaba. Como decía, aquí no encajaban niñas de la escuela.

Quise resolver la situación a mi estilo. Ese estilo Channing que ahora mismo me había proporcionado más cachetes que dólares gano en una semana. Pero siempre podía tener una esperanza.

Edwina señaló a Jerry Heisler.

—No me gusta —dijo llanamente.

¡Qué bonito es ser una chiquilla de dieciséis años! Heisler torció el gesto; yo sentí que el arma se revolvía en su bolsillo. La pequeña pasó por alto a Charley «the Nick», y me inspeccionó a mí sin pestañear. Luego volvió los ojos hacia Inez Martell, situada a pocos pasos detrás de ella, y sonrió.

—Imagino que es su amigo de usted —insinuó dulcemente.

La Martell no pareció muy complacida.

—Soy un poco exigente en relación a mis amigos —proclamó con mofa—. Excluyo a los reporteros de crímenes —pero enseguida se mordió la lengua.

No había querido revelar este detalle. Heisler torció el gesto aun más. Charley cerró el libro de golpe, como si estuviera harto de este juego de niñas.

Los grandes ojos de Edwina se abrieron más. Yo nunca había estudiado a una mujercita en ciernes tan de cerca. La niña casi se desmayó.

—¡No me diga usted que es Brent Channing! —exclamó sin aliento.

—Muy bien; no lo seré si te trastorna —dije—. Pero tal es mi nombre.

—¡¡Oh!! —exclamó ella, boquiabierta—. Siempre he ansiado conocer a un reportero de crímenes, de carne y hueso. Y usted es mi favorito.

—No deberías leer las páginas de crímenes —le aconsejé. Pero ella se puso a reír.

—Sin embargo, las leo. Antes que nada. Ha de ser un trabajo terriblemente excitante, el suyo.

—Terriblemente —contesté.

—¿Quiere darme su autógrafo? —me preguntó.

No recibo tales peticiones cada día. Inclinéme adelante, en el diván. Jerry Heisler imprimió a la escondida arma un movimiento amenazador.

Edwina abrió desmesuradamente los ojos. Su frente ancha y limpia quedó surcada por pequeñas arrugas de estupefacción. La chiquilla se inclinó hacia Jerry.

—¿Qué es eso que tiene en el bolsillo?

Él se quedó como un monigote, sin moverse.

La niña me tendió sus delgadas manos, para que yo las cogiera. Y, ¡amigos, sí las cogí! Me levanté de un tirón, y ella echó a reír de tal modo, que su carcajada se extendió por la habitación como una brisa fresca. Luego volvió a inclinarse, tocó el bolsillo de Jerry Heisler con la punta de sus dedos, y lanzó un sonoro:

—¡¡Oh!!

Siempre he dicho que para pescar a esos «gangsters» sólo se necesita inocencia; pues inocente significa sin miedo. La mano de la pequeña se introdujo en el bolsillo del hombre, y salió con la «Luger». Inez Martell la miraba como si no hubiera mirado nunca a nadie, y ésta fuera la Primera Lección. «The Nick» se había hundido en su asiento con la boca abierta, y producía un sonido gutural. A Heisler parecía como si le hubiesen dado una patada en el estómago. Y con botas de fútbol.

La niña que sostenía el arma quieta en la palma de su mano derecha, se sonrió con sonrisa regocijada.

—Es curioso. Un hombre mayor como usted, y jugando con pistolas de juguete —le amonestó.

—Pistolas de juguete —balbució él.

La niña se llevó la «Luger» al otro lado de la habitación, y la echó en un cubo de hielo. Tenían que oír ustedes mis gritos de gozo. Luego Edwina se acercó a mí, y levantó un dedo para tocarme la nariz.

—¿Se le va la nariz en sangre a menudo?

—Sí —le dije—. Sí. Casi siempre que vengo por aquí, se me pone a manar.

Ella me rodeó el brazo con el suyo.

—Creo que sé un sitio donde se lo curarán —manifestó.

—¿De veras? Harías bien en acompañarme, Edwina.

Me arrastró hacia la puerta, y la abrió. Yo todavía chillaba, de gozo, por dentro. Pero todavía estaba preocupado. Principalmente porque aun no sabía cuál era el papel, de Edwina. Pronto lo sabría, empero.

—No me gusta ninguno de ustedes —espetó la chiquilla, mirando al trío por encima del hombro del modo que sólo un crío de dieciséis años puede hacer. Y entonces precisamente advirtió la culata de mi revólver que sobresalía del bolsillo de la chaqueta de «The Nick». Y cruzó a paso de vals la alfombra de Inez Martell, pagada por Olsen Bacall, y se la quitó de un tirón.

—¿También usted tiene una pistola de juguete? —preguntó produciendo un claqueo apoyando la lengua contra sus dientes blancos y uniformes.

—Sí —intervine yo—. También él quiere jugar, sólo que este juguete es mío.

Edwina se quedó boquiabierta.

—Usted… y con juguetes. ¡Cielos!

Acercóse a mí, y me entregó el «Colt». Inez Martell se puso a reír con una carcajada que subía del centro de su estómago, y se derramaba de su boca como un torrente… produciendo precisamente el mismo ruido desagradable. Luego se sujetó los costados, y siguió riendo. «The Nick» se acercó a ella, y le soltó unos fuertes cachetes en las mejillas. Los ojos de Heisler rodaban en sus cuencas. Su rostro estaba un poco más negro que el de Joe Louis.

—Ven, Edwina —le dije, cogiéndola del brazo como si no la quisiera soltar—. Tú y yo estamos citados para engullir mantecados.

—Me habían encargado que hablara con *Miss* Martell —protestó ella.

—Los mantecados te serán de más provecho, Edwina —repliqué, sacando la llave de la cerradura y poniéndola por la parte de afuera.

—Adiós, amiguitos. Y aprovechad mi consejo. Dejaros de andar por ahí con pistolas de juguete.

Yo cerré la puerta de un golpe, y pasé la llave. No miré al trío, pero me imaginó cómo encajaron la aventura. Después cogí mi

Buckskin Rancher y me deslicé por el corredor con Edwina a mi lado, preguntándome por mis adentros quién de los dos era el que tenía dieciséis años.

CAPÍTULO VI

Dejé que Edwina adelantara bastante en su tercer mantecado antes de entrar en materia respecto a lo que me quitaba el sosiego. Ella hubiera querido meterse en el Paradise de Heneckty, pero yo la piloté hasta el «De Soto» y regresamos a Manhattan para meternos en el Pine *Drugstore*. Me gustaba que nos separara toda aquella distancia del piso de la Martell. Hice que me curaran la nariz, luego le dije que siguiera comiendo, hasta que el último de mis setenta y dos billetes señalara el límite. Supe que ella no había tomado nunca más de tres.

—¿Te gustaría ayudar a tu reportero de crímenes favorito? —le sugerí, echando una bocanada de «Chesterfield». Quería formar un anillo, pero, maldita sea, no pude.

—¿Quiere decir en una tarea grande de verdad? —preguntó ella, levantando el peso de su cabellera y echándosela hacia atrás.

—En una tarea grande de verdad. Quizá en la más importante de todas.

La niña dejó caer ruidosamente la cuchara, y apretó mi brazo izquierdo contra su rostro durante unos momentos. Ahora comprendía yo lo que experimentaba Babe Ruth cuando las chicas le cogían en un instante de adoración.

—Haré por usted todo lo que convenga, *Mr*. Channing —me dijo tan seria que yo dirigí al instante mis ojos hacia ella. Si la pequeña conocía el significado de la palabra amor, estaba enamorada de mí. Eso tenía que cortarlo. Pero ella era la clave de este asunto, y era preciso que yo lo resolviera a mi modo.

—Bien. Dos preguntas para empezar, Edwina. ¿Por qué fuiste al piso de la Martell? Y, ¿qué es esa Sociedad Secreta Mardí Gras?

Ella volvió a coger la cuchara y a hundirla en el mantecado. Y

no respondió a ninguna de mis preguntas inmediatamente. Pero había un acento formal en su voz cuando manifestó:

—No volveré más. Les odio. ¡Qué par de sujetos! —Y lanzó una especie de gruñido.

Yo me dispuse a admitir un gran margen de teatralidad. Sin embargo, ella lo decía sinceramente de veras.

—¿Pero por qué fuiste jamás?

—*Miss* Martell me lo pidió.

—¿La conocías? Me figuraba que nunca os habríais visto.

—Y es cierto. Me lo pidió por carta.

—¿Cómo supo tu dirección?

—No la sabía. Me escribió al Instituto.

—De todos modos, tenía que saber que estabas en el Instituto, niña. ¿Cómo fué? ¿Y por qué?

Edwina se acabó el helado, y yo enarcaba ya las cejas para pedirle que tomara otro, pero ella movió la cabeza negativamente, y se limpió los labios con un pañuelito de muselina.

—Ahí es donde aparece la Sociedad Secreta Mardí Gras. ¿Sabe lo que significa Mardí Gras?

—No —confesé—. Creo que no.

—Martes Lardero —aclaró ella. Y añadió riendo—: Un día un caballero sugirió a nuestro club dramático, que teníamos que constituir una sociedad secreta. Y lo hicimos. Esto nos entusiasmaba a todos. Era intrigante. Y aquel caballero nos prometió que la chica que guardara todos los secretos, sería escogida un día para llevar a cabo una cosa verdaderamente grande.

Yo me oprimí la frente con el dedo con gesto de cansancio.

—No lo veo claro, Edwina. ¿Quién era el hombre ése?

—Nadie le conoce. Habló con nuestra, presidenta Hilda McGranth… por teléfono. Hilda dió mi nombre como la más reservada, y fui la invitada.

—Sí —dije— lo comprendo… ¿o quizá no? Pero tú todavía, no sabes qué es aquello grande que tenían que encargarte, ¿verdad?

—No —contestó ella, al instante—, ni quiero saberlo. Yo he terminado con el Mardí Gras. Me doy de baja rápidamente. Es una necesidad.

—Lo es, sin duda. ¿Alguien más recibió carta de *Miss* Martell?

—Nadie. Lo sé cierto.

Encendí otro «Chesterfield», y apoyé suavemente la mano sobre la manga de su blusa.

—Escucha, Edwina. Sé buena chica, ¿quieres? Prométeme una cosa.

Ella hizo una cruz sobre su corazón y dibujó una línea sobre su garganta con un dedo humedecido. Tenía un aire encantador, muy formal e infantil.

—Todo lo que quiera, *Mr*. Channing.

Mientras le hablé no la miré directamente a los ojos. Me pareció mejor no hacerlo.

—Prométeme que no te acercarás jamás a las proximidades del piso de la Martell; prométeme que vigilarás tus pasos en todo momento.

Ella cerró su mano firme alrededor de la mía y me miró a los ojos. Su voz era algo ronca.

—Le doy mi palabra, *Mr*. Channing. Lo haría todo por usted; todo —y cerró los ojos y levantó los labios hacia mí. Yo apagué el «Chesterfield» y le di un ligero beso en la frente.

Edwina abrió los ojos inmediatamente, sonrojóse, e hizo como que se sonaba la nariz.

—¡Oh, *Mr*. Channing! —exclamó con un nudo en la garganta—. No eran pistolas de juguete, ¿verdad que no?

Le contesté dulcemente:

—No, Edwina; no eran juguetes —y mirando la hora, añadí—: Te llevaré a casa, pequeña, antes de que los tuyos vayan a avisar al departamento de policía.

Y solamente cuando regresaba pensativo a mi casa, recordé que había olvidado darle mi autógrafo.

El día del funeral, Perkins me sacó el traje obscuro, cruzado; lo llevé como último tributo de respeto a Phillipa Bacall. Me puse una camisa blanca, y me dirigí al Cementerio de Parkway. Un algo escondido en lo profundo de mi pecho me hacía ir; podía ser acaso un ligero y fino susurro de la muerte: «Venga, para que yo tenga por lo menos un amigo cerca».

Antes de salir de casa, llovía. Agosto había robado un día a diciembre, y me arreglé el cuello de mi Kuppenheimer alrededor de las orejas para evitar los hilos de agua. En las puertas del cementerio, Olsen Bacall posó para los fotógrafos. Las seis barbillas

de su papada pregonarían su tristeza desde las primeras páginas de los últimos periódicos de la noche. Hizo un papel impecable; casi parecía un esposo apenado. No toda la gente, que llenaba las sendas y pisoteaba las tumbas aquella tarde, recordaba que enterraba su segunda esposa en el intervalo de quince meses.

Me encontraba ahora entre los muertos, con un cielo plomizo sobre mi cabeza, y rodeado de ángeles de mármol: ángeles con las testas erguidas, triunfales; con las testas inclinadas, pesarosas; con los brazos levantados, con las rodillas y los cuellos doblados en una plegaria, con alas destrozadas y llenas de rasguños, con millares de flores cayendo y pudriéndose bajo la lluvia. Los monumentos se levantaban ante mí sobre innumerables muertos extendiéndose en filas interminables; centenares de años de muertos esparcidos por el suelo hasta donde alcanzaba la vista.

El panteón de la familia Bacall recibiría un recién llegado. Sentí ganas de vomitar, y me alejé. La pobre había puesto un dedo en el turbio negocio que manejaba su esposo; éste fué su pecado. Y por él, alguien la mató antes de que tuviera ocasión de hablar. Quizá me sublevo en mi interior, porque hasta un cronista de crímenes se subleva cuando una hermosa como Phillipa es eliminada del mundo por un asesino profesional.

Olsen Bacall inclinaba los hombros hasta el límite preciso, mientras introducían el ataúd en la cripta, y en el momento preciso había sacado el pañuelo.

Mientras me perdía entre las tumbas, me volví una vez más para dirigir a la escena una postrera y rígida mirada. Me habría mareado entonces si Maisie Terroni no me hubiese descubierto y venido al encuentro. Recorrimos el paseo central juntos; yo le di una mano para subir. Ella llevaba un gatito persa que parecía un manguito. Había cesado de llover. Se habían terminado los lloriqueos.

Le di un cigarrillo sin dejar de correr, y yo encendí otro. Sabía mejor que ninguno de los que había fumado. Aspiré el humo hasta el fondo de mis pulmones; vi que los nudillos de la mano con la que empuñaba el volante, se volvían blancos y relucientes. Iba ya a escupir alguna frase amarga, cuando Maisie dijo con voz pausada:

—He pasado muchas horas pensando, *Mr*. Channing. El asesinato de Phillipa Bacall me ha trastornado. Ya sabe lo que esto significa.

Dije que sabía lo que significaba.

Maisie arregló de nuevo el gatito persa. Tendría unos nueve meses, y llevaba una camanilla de oro en el cuello. En invierno le pondrían un abriguito de castor.

—Phillipa Bacall no se suicidó, ¿verdad que no? —Yo moví la cabeza negativamente—. No —repitió despacio—. No lo creo. Esto me ha preocupado mucho. Por eso me he puesto a pensar a menudo en la primera esposa, Dolores Duprez. —Maisie evitaba cuidadosamente el mentar a Bacall por el nombre—. La conocí bien, en Broadway. Sé cuán afanoso está por resolver este caso, *Mr*. Channing. Y a veces las pequeñas cosas ayudan. Lo leí en alguna parte. Cuando Bacall se casó con Dolores, tenía una casita cerca de Wilmington, a la sombra de la Whiteface Mountain, cuya casita, por detrás, daba casi encima mismo del lago Placid.

Con el aire cálido después de la lluvia, y la embriagadora variedad de perfumes de Maisie, desde los polvos a la ropa y al cabello, y con la acción del humo en los ojos, yo debí de quedar algo embotado, puesto que me limité a repetir como un loro:

—De modo que pasaban allí mucho tiempo.

—Sí —asintió ella—. No supongo que sea de ningún provecho, pero quizá su coche tuviera fuerzas para llegar un día hasta Wilmington.

Entonces mi embotamiento se desvaneció.

—Sin duda —dije—. Es todo un coche. ¿Qué nombre tiene el hotelito?

Maisie se preparó para bajar, viendo que yo paraba delante del «Coal Hole» de Terroni.

—¡«Duprezwille»! —me gritó por la ventanilla, desde la acera—. Le dió el nombre de su mujer.

Capítulo VII

Obscurecía cuando yo conducía el «De Soto» a buena marcha por la ancha carretera que llevaba a la población de Lake Placid, a la sombra de la Whiteface Mountain[6]. Volvía a hacer frío; el cielo nocturno, en descenso sobre mi cabeza, amenazaba con más lluvias. La carretera empezó a serpentear trabajosamente por el arbolado pico que tenía una semejanza sorprendente con el Fujiyama. Para los individuos de mucho dinero había aquí los elevadores para subir a esquiar, las lisas pendientes, las carreteras pavimentadas y toda la demás parafernalia de un centro de deportes invernales habilitado por la mano del hombre. Pero yo no iba al macizo pico septentrional del Adirondack para mejorar mi salud ni para comprobar mis habilidades de esquiador. Las cuales eran, en fin de cuentas, nulas.

Ahora tenía que conducir despacio, mirando de descubrir cuál de los hotelitos era el que yo buscaba. Wilmington solía ser una agradable pequeña ciudad, en una encrucijada de carreteras. Tuvo que serlo, precisamente, cuando Olsen Bacall y Dolores Duprez pasaron muchas semanas aquí; una ciudad de verano poblada por amantes de la quietud, y abandonada en el largo invierno a sus ingenios boreales. Hoy es una población floreciente; los que le han dado ese auge, trabajaron para ello horas extraordinarias. Fueron reconstruidas las casas particulares, fueron trazadas nuevas calles.

No me fué tan difícil encontrar «Duprezwille». Era el único hotelito de Wilmington que había quedado descuidado. Sus paredes feas, sin pintar, atrajeron mi mirada mientras pasaba. Di la vuelta con el «De Soto» y enfilé por una senda estrecha pero bien asfaltada que conducía hacia el lago. Paré el motor y bajé.

Aquello estaba abandonado por completo. En el jardín de la

parte delantera, la hierba llegaba hasta la rodilla. Una valla de madera y alambre espino se bamboleaba como un borracho. Alguien se había llevado la mitad de la puerta. La «Villa» más cercana distaba de allí un centenar de yardas. Nadie se había preocupado por «Duprezwille», pues hasta el presente no parecía que importase a nadie que del tejado se desprendieran astillas que caían sobre el sendero de gravilla, cubierto de hierba. Como había dicho Maisie, por atrás daba encima del lago a un estropeado embarcadero y a una caseta de ladrillo para la barca.

Saqué mi «Colt» de la funda del sobaco, y me lo metí en el bolsillo del lado derecho de la chaqueta. No creía que tuviera que emplearlo, pero no quería correr ningún riesgo. Los que no toman precauciones se exponen a representar el papel principal en alguna autopsia.

Un tablón suelto crujió cuando subí a la veranda. Un diminuto bosque de árboles y arbustos sin podar, levantaba sus descuidados brazos hacia las ventanas. El envés de las hojas formaba franjas, de color gris plateado, bajo la mano acariciadora del frío viento. Por el horizonte ascendía la luna pálida, líquida. Pronto convertiría la cima del Whiteface en un cono destellante.

Como no pude ver ningún timbre, llamé a la puerta con los nudillos. No sé por qué, pero hubiera afirmado que la casa estaba deshabitada.

Como esperaba, no me contestaron. Empujé la puerta. Hubiera dicho que estaba cerrada. Pero no.

Oía el viento que azotaba el lago y se lanzaba hacia los árboles. Me eché bruscamente a un lado sintiendo un frío repentino en mi estómago, y mi mano empuñó el «Colt».

Pero siguió el silencio.

Empujé la puerta, que se abrió hacia dentro rechinando sobre los goznes enmohecidos. Su son de protesta resonó por todo «Duprezwille». Había cerrado la obscuridad. Mi mano tentó en busca del interruptor de la pared. En realidad no creía que la vivienda, tuviera empalmada la luz. Sin embargo, la tenía. He ahí una habitación de la que nadie había cuidado durante mucho tiempo. Estaba llena de telarañas y polvo, y mohosa. Sobre todo mohosa. Todo el elegante paramento que Olsen Bacall había instalado para su primera esposa, estaba exactamente igual como

solía estar.

Las ventanas, cubiertas por cortinas, las alfombras, tapizando el suelo, los espejos, reflejando la luz. Debajo de la gran ventana lateral había un largo diván con una pila de cojines; en el centro, media docena de butacas. A no ser por las telarañas, uno habría pensado que los ocupantes habían salido a dar un paseo nocturno por la orilla del lago.

No supe oír que la puerta se abría detrás de mí. Todo lo que escuché fué una voz atiplada:

—Tenga las manos quietas y vuélvase.

CAPÍTULO VIII

El recién llegado tenía cara de niño; imaginé que contaría veintidós años. Llevaba pantalones Daks, grises, y una chaqueta floja, de deporte, que no escondía bastante la corbata amarilla. Su pelo liso, bien peinado, era rubio ceniza. Usaba mocasines de Boston a medida, y tenía los pardos ojos húmedos como si hubiera llorado. Al parecer, acostumbraba a cortarse la piel alrededor de las uñas, y se empolvaba la cara. Imaginé que estaba sin trabajo; era el tipo de los que están sin trabajo desde que han salido de la escuela; pero ello no significaba que pareciera un desastrado. He dicho que estaba sin empleo, no que estuviera sin algún negocio. No supe imaginar cuál sería el suyo.

Se le veía suficientemente degenerado para ser cualquier cosa que discurriera en un noventa y nueve por cien fuera de la Ley. Acaso le midiera mal; quizá no era más que un joven débil que entró en el mundo con una fuerza de voluntad demasiado menguada.

Mi mayor sorpresa al volverme fué que no llevaba ningún revólver. Bajé las manos lentamente. Sus ojos brillaron.

—He dicho que las tuviera quietas —yo percibí un brillo abajo, en su mano derecha. Empuñaba una navaja—. Odio el ruido —me explicó. Su voz rechinaba como una puerta de bisagras enmohecidas—. Por eso no uso armas. Sin embargo, me portaré mejor si usted mantiene las manos en alto, de modo que pueda ver que no se les ocurre meterse en ningún sitio buscando algún objeto de diversión.

Habíase cortado al afeitarse; llevaba un poco de esparadrapo cubriendo una pequeña herida.

—Está usted expuesto a cortarse más —le dije.

Él hizo una mueca burlesca.

—O a cortar a otros; especialmente a los de su clase.

—¿Qué tiene usted contra mí? —pregunté.

—Usted se atrevió a nacer, ¿verdad?

—Comprendo… es un enemigo de todo el mundo, de todos. Usted odia a la gente. ¿No es eso?

Su mejilla, izquierda estaba, afectada por un tic nervioso; latía con impaciencia.

—¿Qué busca usted aquí?

—Información —contesté.

—¿Qué clase de información? —… inquirió dando un solo paso hacia mí. Yo ensayé de sonreír con una sonrisa muy Channing, y bajé las manos metiéndome deliberadamente el «Colt» en el bolsillo de la chaqueta. Sus ojos no pestañearon; vigiló atentamente el menor movimiento de mi muñeca. Me tranquilizó mucho el observar que antes de que él diera otro paso, podría yo empuñar el arma. Saqué el paquete de «Chesterfield». Su rostro se puso más pálido y sus nervios más tensos. Luego se relajó, exhalando un débil suspiro.

—¿Está ya en edad de fumar? —le pregunté, arrojándole un cigarrillo. Lo cogió al vuelo con la mano izquierda y lo encendió ávidamente. Yo encendí el mío con calma.

El fumaba nervioso; el tic de su mejilla iba en aumento.

—¿Quién es usted?

Me apoyé en el brazo de una butaca.

—Brent Channing. El cronista, de crímenes del «Evening World». Mi franqueza ha de ser para usted un tanto a mi favor. ¿Quiere que nos portemos amigablemente?

Sus ojos se empequeñecieron; temí que el tic le llegara a desgarrar la carne.

—Sí —dijo—. Sí, actuemos como amigos. ¿Cuál es su negocio? —Por lo visto pensaba que todo el mundo había de tener uno.

Le miré a través de la neblina de humo, y le dije:

—Mataron a una joven. No sé por qué, y trato de descubrirlo. Se llamaba Phillipa Bacall.

Mi interlocutor dejó deslizar la navaja a un bolsillo interior, y aplastó su cigarrillo en un cenicero. Temí que se desmayara. Acercóse, tambaleándose como un borracho, apoyóse en una butaca

y se dejó caer en ella.

—¿Está enfermo? —le pregunté.

—Sí. Lo estoy desde hace quince meses. Es una dolencia bajo la cual parece que una mano helada se coge al corazón de uno, y lo exprime como si no fuera a soltarlo jamás. Me llamo Tony.

A mí todo esto no me decía nada.

—¿De modo que te encuentras, Tony, en un mar de pesares?

Lancé una nube de humo y volví a mirarle a través de ella. Sus hombros temblaban; aquellos hombros, estrechos como su faz, de expresión ansiosa, famélica. Después de todo, quizá no fuera un verdadero granuja; quizá un laberinto de pesares, los que a él le afligían, pueden producir tales efectos en un hombre.

—El pesar de un asesino —dijo, casi sin mover los labios.

Apagué la colilla del cigarro, y encendí otro.

—¿Tú, asesino? —pregunté, procurando adoptar una entonación indiferente.

Él estalló en una risa forzada.

—Todavía no. Pero lo seré —una luz se había encendido en sus ojos, que ahora brillaban feroces. Por un hilo descendía una araña.

—¿Cuándo?

La risa se convirtió en un sollozo.

—Cuando le encuentre —su voz descendió hasta convertirse en un leve murmullo—. ¡Ah, amigo, cuando lo encuentre, le voy a hacer picadillo!

Me estremecí. Una expresión tan intensa en el rostro de un niño, no augura nada bueno.

—¿A quién?

Se levantó bruscamente de la butaca, y se puso junto a la ventana, mirando a través de la noche con ojos que nada veían.

—Soy Tony —repitió sin expresión.

—Ya me lo has dicho.

—Sí, se lo dije. Soy Tony Duprez.

Entonces esto significó ya mucho. Muchas cosas empezaban a conjugar. Me incliné adelante, como un hombre que se siente repentinamente interesado. Lo estaba de veras. Él prosiguió:

—Soy su hermano. El hermano de Dolores. Éste es mi fardo de penas, señor. ¿Sabe quién es Dolores?

—Si —respondí, deseando haberme traído un par de abrigos de

pieles para envolver mi cuerpo, frío como el hielo. Y dando una larga chupada al cigarrillo, que no produjo ya ningún humo, añadí —: ¿Crees que fué asesinada? ¿Por Olsen Bacall?

Se volvió con aire feroz. Tenía las manos metidas con fuerza en los bolsillos del pantalón. Su faz enjuta estaba surcada por atormentadas arrugas; sus ojos, húmedos.

—Eso creía antes. Ahora, no lo sé. No creo que haya muerto siquiera —pronunció estas palabras lentamente, de modo que apenas las había terminado, yo empezaba ya a esforzarme para comprender lo que significaban. Me ensimismé en ello. Las hubiera digerido mejor con un sorbo de «Scotch».

—Sin embargo, hubo un funeral, hijo. Los periódicos publicaron relatos y fotografías. Y fué enterrada en el panteón de la familia, en Parkway.

—¿Y qué? —chilló casi—. ¿Quiere una fotografía de un ataúd ahora mismo? Se la proporcionaré. ¿Quiere una larga descripción de un entierro? Supongo que sería usted capaz de escribir una sin salir de esta habitación.

Supongo que sí. El cerebro de Channing no estaba enteramente frío y sereno aquella noche, de todos modos. No a todas horas se reciben impactos como éste por parte de jovencitos rubio-ceniza, de rostro magro.

—Si no entró en el panteón —oí que decía yo mismo—, ¿dónde estará? ¿Qué hizo de ella Olsen Bacall?

Ahora ruidosamente Tony sollozaba.

—Por eso, estoy como estoy, *Mr*. Channing. Por eso hace quince meses que apenas como ni duermo. Por eso llevo una navaja. Por eso me vuelvo loco. Por eso debo una infinidad de cervezas en una infinidad de bares… por si algún individuo suelta algo que me de una luz.

Algo más conjunto también.

—Y por eso estás aquí.

Dejó caer la cabeza sobre el pecho.

—Los periodistas tenemos que ser prácticos, Tony. Las teorías resultan alguna vez, pero yo busco hechos.

—No conozco ningún hecho, *Mr*. Channing. Tengo sólo un presentimiento que me corroe sin cesar. Y ahora he visto este lugar con todo lo que contiene, exactamente igual que cuando ellos vivían

aquí, estoy seguro de ello. Sé que estoy en lo cierto, y no cejaré. Hasta encontré un par de medias de Dolores. ¿Sabe el efecto que ello me produjo? Me hizo vomitar.

Hurgó por el bolsillo de la chaqueta, y sacó las medias.

Las cogí y las revolví en mis manos. Tony no espiaba mi rostro; de lo contrario, hubiese visto que entornaba los ojos. Eran medias fru-frú de encajes sobre fondo negro. Las mismas que usaba Inez Martell. Una clase que no se fabricaba quince meses atrás.

CAPÍTULO IX

No se lo dije. Se las devolví. Tony se había recobrado lo bastante para dirigirme una rápida mirada de interés.

—¿Qué le parece, *Mr*. Channing? ¿Ve la satisfacción que me ha de producir el poder hablar? Todo me lo había guardado para mí. Y esto no es bueno para uno.

—No, Tony, no es bueno —reflexioné un momento—. ¿Se te ocurre algo sobre Phillipa Bacall?

Sentóse lentamente en una butaca y se colocó, nervioso, sobre el mismo borde. Era la especie de individuo que lo hace todo nervioso. Siempre.

—Los periódicos dicen que se disparó un tiro. ¿Lo hizo?

Como norma no habló en exceso. Pero Tony Duprez estaba conmigo en el asunto. Yo no había pensado mucho en la muerte de su hermana hasta aquella noche. Ahora ocupaba un gran espacio de mi pensamiento. La relacionaba con la de Phillipa. Aunque Tony dudara de que Dolores hubiera muerto. Yo no tenía esta duda respecto a Phillipa. La vi después de que la bala había penetrado en su cabeza.

—No —contesté—. No, Tony, no disparó ella misma. Phillipa estaba aterrorizada por algo. Me lo había dicho la misma noche que murió. Me telefoneó después de salir de mi piso, para contarme que había descubierto algo relativo a su esposo… algo increíble, dijo.

Las ventanas de la nariz de Tony se agitaron.

—¡El muy bastardo! —exclamó, por todo comentario.

—Phillipa me dijo que la casa estaba llena de extraños. Nunca he conseguido figurarme qué estarían haciendo en un sitio elegante como el Wallbender Building. ¿Tienes alguna hipótesis?

Movió la cabeza y se la sostuvo apretada entre ambas manos. El

tic de su mejilla no cesaba nunca.

—No. Sobre esto, no. Sólo estoy cierto de una cosa; que mi hermana aun vive.

No quise seguirle la corriente por este camino. Pero tenía mis opiniones propias. Horrendas opiniones.

Contra la duda, la comprobación. Me puse en pie. Iba a comprobar. No habíamos cerrado la puerta. Se había levantado viento. Una de las cortinas del ancho mirador se agitaba un poco.

—¿Dónde puedo llamarte? —pregunté.

—No podrá. Quizá esté aquí. Quizá no. Le llamaré yo. ¿Cuándo?

Reflexioné un momento.

—Por la mañana. Y temprano, si te va bien.

Se inclinó hacia mí, ansioso.

—¿Quiere decir que es posible que sepa usted algo?

—Telefonea por la mañana, Tony, y te diré definitivamente si tu hermana murió.

Levantóse de un salto, me rodeó la cintura con sus brazos, y apretando su rostro contra mi estomago se puso a llorar. Le dejé que se desahogara. Así estuvo por espacio de tres o cuatro minutos. Le hizo bien. Yo sentía el tic de su mejilla latiendo sobre mi cuerpo, y sacando un pañuelo de teatro del bolsillo, se restregó los ojos.

—Llamaré —prometió.

Cuando salí de la casa, estaba lloviendo. Menudos chorros de agua descendían por el parabrisas del «De Soto». Me levanté el cuello hasta las orejas, y subí. Abierto el contacto, dirigí el coche hacia la carretera. Mientras me alejaba, la luz seguía, brillando en «Duprezwille».

La lluvia no cesó en todo el camino de regreso. Caía fría y abundante, azotando la ventanilla delantera; el movimiento de vaivén del limpiaparabrisas me dañaba la vista. Ahora no se veía la luna; quedaba escondida, por una gruesa capa de amenazadoras nubes. Yo corría aprisa, pero no tanto como para que algún policía de tráfico con su motocicleta quisiera venir a extenderme una denuncia.

No fui a mi casa. Fuíme directamente al cementerio de Parkway. Sólo que en el último momento decidí pasar de largo. Al otro lado había una pista lateral. Allí paré el motor, dejé el coche, y retrocedí. La obscuridad era absoluta. El agua se escurría por el borde del ala

de mi Buckskin Rancher, y me bajaba por el cuello.

Las puertas del cementerio estaban cerradas. Retrocedí unos pasos a lo largo de la cerca, y me puse a tentar si alguno de sus postes cedía. Uno cedió un poco. Apoyéme contra él con todo mi peso, y empujé. Del sombrero se derramó una cascada de agua. Empujé más, y noté que, en el suelo empapado, el poste se movía. Lo incliné a un lado. El espacio no era suficiente para poder pasar, pero pensé que quizá el poste vecino me proporcionara alguno más, si lo intentaba. La lluvia que nos bañaba, a mí y al hierro, sirvió de lubricante. Me deslicé dentro, y me enderecé.

Luego volví a pasar, corrí con cuidado hasta el «De Soto» del que me llevé una pila y un destornillador, y regresé otra vez.

Ya dentro del cementerio pasé deprisa por encima de un par de tumbas, tropecé con un jarrón de agua, me detuve para volver a colocar las flores que había hecho caer, y gané un sendero cubierto de gravilla.

Los ángeles de mármol aun seguían, haciéndome señas. Yo sonreí sin gozo. Con tal de que no tuvieran un ojo sobre mí… Atravesé sus filas, y llegué al panteón de la familia Bacall. La losa era una pieza de mármol grande y cuadrada, casi del tamaño de mi coche. No podía equivocarme. Pude distinguir el nombre

OLSEN

BACALL

en letras de oro sobre una cara lateral. El conjunto estaba rodeado, excepto en la puerta de entrada, por una valla brillante. Las flores que cubrían el suelo entre la valla y la piedra, estaban frescas todavía. Una hoja blanca atrajo mi mirada; haciendo pantalla con la mano sobre el extremo de la pila, leí la inscripción: *de su dolorido esposo*.

El panteón estaba cerrado con candado. Saqué el destornillador, otro instrumento especial y me puse a tentar la cerradura. Sostuve el pasador, y tiré. Se oyó un golpecito metálico y obtuve el éxito. La lluvia caía más copiosa; notaba que la humedad atravesaba mi chaqueta y mi camisa, y me mojaba la piel. Respiraba con dificultad, como si alguien me quitara el aliento. Empujé la puerta; el sonido que produjeron los goznes al girar, fué minúsculo.

Estaba en el extremo superior de un tramo de escaleras de piedra. El centro de las mismas estaba un poco desgastado. En el

tercer escalón me detuve, y entorné la puerta. Luego descendí lentamente a la cripta.

Era espaciosa, casi cómo la mitad del salón de Bacall. Esto me sobresaltó. Mantuve la pila encendida. Ello daba más confianza… cosa de una millonésima parte de un uno por ciento más. Las paredes eran grises. Las toqué. Eran de cemento; la humedad se filtraba por ellas, y descendía hacia el suelo. El techo, bajo, de forma que al avanzar por el piso de cemento apenas pude iluminarlo. Paseé la pila a mi alrededor. Encima de mi cabeza había un interruptor eléctrico. Le di la vuelta y se produjo una débil claridad. Los muertos han de tener luz. Apagué la pila y me la puse en el bolsillo; en el izquierdo, para que el «Colt» estuviera solo en el derecho. Y al alcance de la mano.

Mis ojos recorrieron ávidos la cripta. Había dos losas, que me llegaban a la rodilla, y en cada una descansaba un féretro. Me acerqué andando levemente. Vi el nombre:

DOLORES

BACALL

y, de pronto me acordé de quitarme el sombrero. Mis dedos fríos jugaban nerviosos con él. Me acerqué al segundo féretro, el de Phillipa, y me quedé un momento inmóvil, meditando. Recordando que cuando yo estuve en su habitación no había allí ninguna arma. No importa lo que dijeran los agentes. O el mismísimo Presidente.

Luego volví hacia el otro féretro y pensé otra vez. Ahora en un muchacho de rostro pálido y cabello rubio ceniza que quería convertirse en asesino, pero que todavía no había encontrado el cuerpo preciso a quien matar.

Deslicé el dedo por el borde, y se adhirió a mi piel una ligera capa de polvo. Sobre la madera pulida cayó una rociada de agua de lluvia procedente de mis ropas. Eché mi sombrero al suelo, y saqué el destornillador del bolsillo interior de la chaqueta.

Notaba que tenía la frente húmeda. No era de lluvia. Mis dedos sujetaban el destornillador, bañados por un sudor frío. No estaban demasiado firmes cuando apliqué el filo al primer tornillo, y empecé a destornillar. Al terminar con el ultimo, se negaban casi a obedecerme.

Retrocedí un paso, y hurgué en busca de un «Chesterfield». Me puse uno en la boca, más de pronto, recordé, y lo devolví sin vacilar

al paquete. Los hábitos se desarraigan difícilmente. Tenía la boca seca, de todos modos, y me sentía la lengua como un pedazo de madera. Probé de humedecerme un dedo en los labios, como había hecho la pequeña Edwina Blake. Pero mis labios estaban secos, y no me proporcionaban ninguna humedad.

Seguí contemplando el destornillado féretro durante otro minuto. «Animo, Channing, no te apures». Pero aquélla no era una cuestión de las que uno resuelve sin apurarse. Extendí la mano y toqué la tapa suelta como si fuera a morderme. Hubiera dicho que la débil luz se amortiguaba; el lugar no parecía ahora tan grande. El aire estaba quieto y sofocante. Ya no me daba cuenta de la húmeda camisa pegada a mi cuerpo; ahora no podía distinguir entre agua y sudor. No importaba.

Ahí estamos. Éste es el momento que confirmará o desmentiría las teorías de Tony Duprez. Quizá Channing había sido puesto en movimiento por la mente alocada de un muchacho. Quizá hubiera sido mejor dejar el panteón de la familia Bacall tranquilo en su soledad. Quizá.

Agarré la tapa, y la levanté. Cuando la deposité en el suelo produjo un ruido de trueno. Yo apenas podía respirar. Luego abrí los ojos poco a poco, con desgana, como si lo que iba a ver me aterrorizara. Era horrendo, en efecto, pero únicamente porque estaba dentro de una cripta, y yo no suelo pasar mucho tiempo en ellas.

La caja estaba vacía… de cadáveres.

Pero, llena de diamantes; los suficientes para permitirle a Bacall comprar todos los cuarenta y nueve Estados y usarlos uno después de otro como refugio de vacaciones de fin de semana.

Brazaletes de diamantes, pendientes de diamantes, relojes de pulsera de diamantes, nada más que diamantes; más hielo brillante del que he visto en un film musical de Hollywood.

El peso de todo aquello habría engañado a los plañideros.

A mí, no me engañaba.

Dolores Duprez había muerto de repente, dijeron. De repente; aunque estaba más sana que yo. Y no hubo autopsia. No se hacen autopsias a los vivos. La cosa empezaba a tomar un cariz que confirmaba en absoluto las corazonadas, de Tony Duprez.

Mientras mi cerebro meditaba sobre todo esto, puse de nuevo la

tapa en su sitio, y la atornillé. Metíme luego el destornillador en el bolsillo, y calculé que necesitaba sólo la fracción de un cuarto de segundo para salir de allí.

Lo cual viene a demostrar que uno no puede hacer cálculos tan aprisa.

Porque en aquel preciso momento oí una voz.

Aquella voz dentro de la cripta me convirtió las rodillas en gelatina.

Tal efecto sentí.

Vacilé, estuve a punto de caer sobre la caja, más luego algo hubo que puso nuevamente mis piernas en juego, puesto que giré sobre mis talones. Tuvo que ser un acto automático, puesto que no hubiera logrado realizarlo por mandato de la voluntad. Dime cuenta entonces de que la cripta se estrechaba por un extremo, prolongándose en una especie de pasillo abovedado que desembocaba, al parecer, en otra sala.

No vi a nadie, pero oí la voz. Era dulce, velada y soñolienta, y preguntaba:

—¿Quién está aquí?

Mis rodillas empezaron a no ser de gelatina. En gran parte porque había empuñado el «Colt», y había quitado el seguro. Al ver a mi dedo índice rodeando el gatillo, me sentí mucho más tranquilizado.

—¡Será mejor que salga usted… y con las manos en alto! —grité.

Ella salió como ordenaba. Tenía el pelo rubio colgando un poco más abajo del nivel de los hombros, y llevaba una blusa blanca metida dentro de una falda de tartán. Lucía un hoyuelo en cada mejilla… Y era la pequeña Edwina Blake.

Capítulo X

Edwina Blake ya no tenía el aspecto de chiquilla inocente. En los ángulos de sus grandes ojos se marcaban arrugas de espanto, y los hoyuelos de sus mejillas habían perdido su encanto a causa del miedo. Había oído el ruido que hice en medio de su sueño; un sueño que hubiera sido el de la consumación. Yo pensé que el llanto había contribuido a precipitarlo.

La cogí dulcemente por el brazo, y me la llevé lejos de los féretros. Atravesando el pasillo, llegamos a una pieza de las dimensiones de un cuarto de baño. De un cuarto de baño pequeño y coquetón como, el mío, Edwina acogió mi presencia como si la hubieran avisado por cable diciéndole que iría. Junto a la húmeda pared, había una camita de campaña. En ella había dormido. No tenía sábanas. Después de la primera mirada de profundo contento que me dió al verme, la niña se puso a temblar. Sus labios se movieron sin que llegara a pronunciar una sola palabra. La hice sentar en el borde de la cama, y exhibí para ella todo lo que pude de mi sonrisa Channing. Pero pensé que quizá parecía una sonrisa espectral. Tal era mi estado de espíritu. Se me antojaba que era el que casa mejor con una habitación de difuntos. La niña se cubrió la boca con una mano que temblaba, para esconder un bostezo. No estaba cansada; tenía frío y miedo. Tomé sus manos entre la mía por un momento, y le di un masaje desde la muñeca hasta la punta de los dedos. Ella sonrió débilmente, con una sonrisa que no pasó de los labios, y que no pudo llegar a los ojos.

—¡Qué contenta estoy de que haya venido, Mister Channing! ¡Qué contenta! —exclamó, con voz seguida por un lloriqueo.

La luz no era buena; procedía de la cripta funeraria, y no era más que penumbra. Pero no necesitaba luz para convencerme de

que aquél no era sitio adecuado para una chiquilla de dieciséis años. Escondí el «Colt».

—Tranquilízate, Edwina —exhorté—. Y dime nada más y rápidamente cómo has llegado aquí.

Noté que se estremecía.

—Me trajo un hombre —su modo de decirlo ensombreció mi ánimo, y me dispuse a sacarle el diablo del cuerpo a cualquiera que fuese el que había realizado la fechoría.

—¿Jerry Heisler? ¿El pillo de ojos tristes, cara famélica y nariz de payaso que estaba sentado a mi vera, en casa de *Miss* Martell?

—No —dijo ella con voz apenas inteligible.

Hablábamos los dos en susurros. Es el modo que uno cree obligado en un lugar como aquél.

—¿Charley «the Nick»? ¿El individuo que tenía mi revólver?

—No. Era un japonés menudo que despedía mucho perfume. Yo me iba al cine, cuando un coche grande se detuvo a mi lado, y saltó un japonés. Antes de que pudiera gritar, me metió dentro del coche, y me trajo aquí. Me resistí, pero el hombre era fuerte. Dijo que regresaría pronto.

¿Un japonés pequeño muy perfumado? Éste era un personaje nuevo. Yo no podía colocar ningún japonés perfumado o sin perfumar en mi lista de visitas. Ni fuera de ellas. Si regresaba pronto, tendríamos ocasión de presentarnos. Ésta, sí que es una característica mía; mi odio a los canallas no distingue nacionalidades.

—¿Cuánto tiempo hace que estás aquí, Edwina?

La niña meditó un momento. Yo sabía que se esforzaría en recordar, llevada de su interés por ayudarme cuanto pudiera. Pero, por fin, movió la cabeza.

—No… no lo sé. Parece que haga mucho tiempo.

Le di unas palmaditas en la mano, para tranquilizarla.

—Lo hace, sin duda. Pero si el japonés vuelve, te llevará a algún sitio diferente. Y ese lugar es el que ha de darme la pista que necesito —la pequeña no me había preguntado cómo estaba yo allí. Si mi presencia le causó alguna extrañeza, no la tradujo en palabras. Acaso aceptara como un hecho natural que su reportero de crímenes favorito viniera, como un San Jorge, a rescatarla. Dirigí la luz de la pila a mi reloj. La noche tocaba a su fin.

Ahora empezaba a formar criterio sobre un montón de cosas. Si el nuevo indicio que necesitaba llegaba a confirmarse, creía poder demostrar quién mató a Phillipa Bacall, el motivo que le impulsó, y lo que hacían en su casa los extraños de quienes me había hablado ella. Y si el mismo indicio salía como esperaba, pensé que estaría en condiciones de explicar también por qué el cadáver de Dolores Duprez no estaba en su ataúd. Ello si alguien me lo preguntaba…

—Escúchame, niña —le dije con voz nerviosa—. Tú tienes el temperamento adecuado; lo has demostrado ya. Necesito que me ayudes. Te prometo por mi propia vida que no te pasará nada… —Ahí estás, Channing, haciendo promesas que sabes demasiado bien que no puedes respaldar con dinero—. Quiero que vayas con el japonés, Edwina —ante tales palabras la muchacha se apartó de mí, lanzando un ahogado grito de espanto—. El me conducirá adonde quiero ir. No estaré muy lejos de ti. Te doy mi palabra. ¿Qué me dices, niña?

Mi afán debió comunicarse a ella; noté que se arrimaba repentinamente a mí, sentí que su corazón latía, con fuerza. Del fondo de su garganta subió un curioso sonido gutural, que me reveló que la pequeña se estaba esforzando en combatir el miedo. Sus dedos rodearon mi muñeca, y contestó con un susurro.

—Perfectamente, Mister Channing haré como usted dice.

—Magnífica, chica. Dé modo que cuando el japonés perfumado vuelva otra vez, tú estarás en el aposento exterior, y yo permaneceré aquí. Os pisaré los talones, Edwina; no te apures.

Creo que por un segundo dejó de respirar; luego soltó el aliento, que pasó ruidosamente por su garganta.

—Pero, Mister Channing, ¿cómo ha entrado usted aquí?

Vi que Edwina empezaba a reflexionar.

—He cogido el candado, y lo he abierto.

Ahora, las palabras salieron precipitadamente de sus labios.

—Entonces, él sabrá que antes de marcharse había cerrado, y que tiene que haber entrado alguien.

¡Qué joven pensadora más rápida! Los cerebros son perspicaces a los dieciséis años.

—Si, lo sabrá —repliqué—. Pero quizá piense que se olvidó de cerrar —se lo dije con el aplomo típico de un Channing. No esperaba que el japonés pensara cosa parecida. Pero tenía mi «Colt».

La niña apoyó sobre mi manga un dedo vacilante.

—Todavía no me ha dado su autógrafo, Mister Channing.

—No, en efecto —respondí—. Ya te diré lo que haremos, Edwina. Te lo daré cuando salgamos de aquí —la presión de su dedo sobre mi manga, aumentaba ligeramente.

—Mister Channing… yo no he vigilado mis pasos demasiado bien, no tanto como usted me ordenó, pero he sido fiel a las demás promesas.

—No lo dudo. Eres una muchacha excelente.

Ella apretó más su cuerpecito contra el mío.

—¿De veras, Mister Channing?

—De veras —la niña me presentaba los labios, que quedaban ligeramente entreabiertos. Yo volví a la cripta funeraria para recoger el sombrero y echar un rápido vistazo por allí, a fin de asegurarme de que no había dejado ninguna señal que me delatara. Luego cerré la luz y desande el camino, regresando junto a la muchacha.

No me sobró ni un segundo, sin embargo.

Oí cómo se abría la puerta negra de entrada, oí pisadas sobre las escaleras de piedra, el ruido del interruptor al girar… Mandé a Edwina corriendo a la nave principal. Luego me situé en un rincón del pasillo abovedado, y me puse a escuchar. Al mismo tiempo que escuchaba, quité el seguro al «Colt».

—De modo que la pequeña está despierta —oí que decía el japonés, con su chapurreo sedoso, oriental—. Oko pensaba que ocurría algo; la puerta estaba abierta. Oko se descuida. Oko tendrá que poner cuidado en lo que hace o de lo contrario el honorable dueño se enojará. ¿No ha estado nadie aquí?

—No —contestó Edwina, sin aliento—. Nadie.

—Ven —ordenó Oko, en un débil murmullo. Te llevaré lejos, a un país de oro.

Yo pude escuchar cómo la niña contenía la respiración; imaginaba ver su rostro, con los ojos desmesuradamente abiertos, de espanto.

—¿A dónde? ¿A dónde me lleva?

Me arriesgué a asomar la cabeza junto al pilar de piedra del pasillo. El japonés estaba haciendo una reverencia.

—Ya lo verás. Ven conmigo, pequeña.

Apartando deliberadamente la vista de los féretros, cogió a la chiquilla por el brazo y la condujo escaleras arriba. Parecía contenta de poder alejarse; A Oko quizá le gustaban las tumbas tanto como a mí. Estiróse para alcanzar el interruptor, y apagó la luz.

No me complació nada encontrarme en la obscuridad. Sentí que el sudor me inundaba la frente de nuevo. Oko había creído que la primera vez olvidóse de cerrar. Ahora no lo olvidaría. Esta vez se aseguraría doblemente.

Y Channing, el brillante reportero de crímenes del *Evening World* quedaría encerrado en un sepulcro con un cadáver y una caja llena de diamantes… y con un montón de interesantes cuartillas que no llegarían a ser impresas jamás.

Tenía menos de un segundo para actuar. El cerebro es una máquina rara. Cuando la urgencia es muy grande, a veces trabaja deprisa. El mío fué entonces tan rápido que me dejó boquiabierto a mí mismo. Saqué el destornillador y la pila, e hice chirriar la hoja de acero en la superficie de metal cromado. Era una ocurrencia loca, pero el sonido fué repetido por el eco de todos los rincones de la cripta. Imaginaba que para un japonés aterrorizado aquello parecería el ruido de una cadena al arrastrarse. Y lo reforcé repentinamente con un gemido lastimero.

El efecto casi me hizo doblar las rodillas. El que produjo en Oko sólo lo puedo imaginar, pero oí de pronto en el extremo superior de las escaleras un chillido estridente. Y que no procedía de una garganta femenina. Luego se oyó el ruido de unos pasos precipitados sobre el sendero de gravilla, y yo me lancé hacia las escaleras siguiendo el perfume que Oko había dejado tras de sí.

Efectivamente, también esta vez descuidó el cerrar el candado. Subí deprisa, pero no tanto que me olvidara de meterme el destornillador y la pila en el bolsillo, y de empuñar el «Colt» con mi mano sudorosa. Cerré la negra puerta tras de mí, me deslicé por el pedregoso sendero y di gracias a Dios de que hubiera cesado de llover. Ahora la obscuridad no era tanta; un banco de nubes se alejaba rápidamente hacia el horizonte, dando paso a un cielo azul más claro. Se diría que la lluvia lo había lavado. Allá en el fondo, vi a Oko y Edwina. Me deslicé hacia el borde cubierto de hierba, y caminé con paso leve tras ellos.

Ante la puerta del cementerio, Oko maniobró unos momentos en la reja de hierro forjado, lo que indicóme que poseía una llave de la misma. En efecto, la entornó y cerró tras él. Observé la sombra del enorme coche; me desvié hacia la izquierda pasando por entre los postes, por el mismo sitio que había entrado, y subí al «De Soto», cuyos neumáticos reposaban en un charco de agua. Lo puse en marcha por el centro de la avenida lateral, entré en la carretera principal, y procuré no perder de vista, al otro coche. No me fue demasiado difícil. El mecánico que cuida mi coche no es uno de los distinguidos de la «General Motors» porque sí.

Capítulo XI

La niebla colgaba sobre los muelles como uno de los velos de Salomé. El tercero. En la aurora que venía lentamente, cual si quisiera dar toda la solemnidad a su nacimiento, se encerraba la promesa de otro día caluroso. Dentro de un par de horas navegaría el sol por el cielo como un hierro candente; uno lo notaba ya en el aire quieto.

Las puertas de los muelles estaban abiertas; Oko condujo el coche entre ellas, y paró bruscamente. Las cubiertas rechinaron sobre el macadán; de no haber estado mojado el suelo, hubiérase levantado una nubecilla de polvo. Yo paré el «De Soto» sin hacer ruido, en la parte de afuera, silencié el motor, y salté.

De madrugada reina en los muelles la calma, de una catedral; una calma que a veces puede ser una amenaza. Veíase un vaporcito de carga sin línea fija, anclado allí; de su única chimenea salía una espiral de humo que se remontaba lentamente. Mientras seguía mi camino entre jaulas y cajas apiladas, y rollos de cuerda, vi que el vaporcito en cuestión era el «African Queen», una fea embarcación, a quien corresponde sin duda la paternidad y la maternidad de todos los irresistibles mareos de los que viajan en él hacia el África Oriental y a lo largo de toda la costa ecuatoriana.

En este momento, Oko medio conducía y medio arrastraba a Edwina por la pasarela. No vi a nadie más; por la madrugada los muelles están desiertos. Pronto empezaría el movimiento, sin embargo: los cargadores se agitarían por todas partes, cargando y descargando los barcos; entrarían y saldrían infinidad de camiones; se oirían los gorjeos de falsete de los remolcadores y el roncar profundo de los grandes navíos. Yo vi que para ser fiel a la promesa hecha a Edwina de no perderla de vista, tenía que actuar

rápidamente.

Cuando eché a correr hacia la pasarela, ellos habían desaparecido ya dentro del barco. Recorrí el sucio barquichuelo con una rápida mirada, y adoptando todas las precauciones pisé las planchas de madera de la pasarela.

En puertos tales como aquéllos que el «African Queen» acostumbra a visitar, debe de ser una bonita embarcación; aquí nosotros diríamos que huele mal. Y si se quisiera dudar de tal aserto, nuestras narices nos lo confirmarían plenamente.

Agachóme de pronto detrás de la rueda del timón —un trasto que ha de crujir incluso yendo a favor de la corriente— y me escurrí hacia el otro lado de la misma para evitar que me viera Oko, el pequeño japonés que no perdía el tiempo, quien en aquel instante trepaba por una escalera de cuerda saliendo de una bodega para carga de mercancías situada en la parte delantera de la nave. Al encontrarse en el puente, enderezó su amarillo cuerpo. Le faltaba el diente de en medio. Escurrióse como un ratón hacia la pasarela, y se deslizó por ella. Sobre el macadán, sus zapatos repiqueteaban como los de una mujer. Un segundo después, oí el zumbido del motor de su voluminoso coche.

Escondí el «Colt» en el bolsillo, me arrastré rodeando la caseta del timón, pasé por encima de un rollo de cuerda, me levanté sobre las rodillas, y miré dentro de la bodega. Reinaba aún cierta obscuridad, pero gracias a la aurora naciente, no era aquélla lo bastante intensa para que yo dejara de ver la faz blanca, amedrentada de Edwina Blake, y un negro que hacía rodar incesantemente los ojos. No he querido decir que el hocico del negro mostrara ningún espanto; se estaba relamiendo los labios, y posiblemente éste era el trabajo más duro que había hecho desde que llegaron a la gran ciudad.

Le llamé dulcemente:

—Ven, negro.

Sus ojos rodaron en sus órbitas mirando a su alrededor, y luego arriba, hacia mí. Los gruesos labios, se partieron en una sonrisa.

—¿Quién me llama, señor?

—Tu abuelo.

—Yo no tengo ningún abuelo, *mister*.

Su voz era delgada, de falsete. Tan delgada, que uno la hubiera

podido usar para cordón de los zapatos.

—Bien, quizá sea tu madre. De todos modos sube igual… o de lo contrario…

La sonrisa desapareció.

—¿Me amenaza usted, *mister*?

—Sí —le dije, todavía con dulzura—. Te amenazo, y a menos que te muevas tan deprisa que se oiga el roce de tu cuerpo con el aire, no volverás a moverte jamás —e inmediatamente le enseñé el «Colt», cuya presencia no pareció gustarle e hizo rodar sus ojos, por las órbitas un poco más.

Era un tipo corpulento; cuando plantó sus pies sobre cubierta y empezó a andar, sus pisadas sonaban pesadamente. Mientras ascendía, poco a poco, por la escalera de cuerda, yo me había puesto en pie para saludarle. Le hundí el extremo cantarín del cañón de mi «Colt» en el mismo ombligo, y pude notar el temblor que hizo presa en su vientre.

—¿Has estado alguna vez en el hospital, cara de betún? —le pregunté.

—No, señor, nunca estuve en ningún hospital —contestó; mirándome con los ojos de par en par y negando vigorosamente con la cabeza.

—¿Y te gustaría seguir así, viviendo fuera, del hospital? ¿No ansias verte rodeado de doctores atareados en extraer balas de tus pulmones?

El negro volvió a temblar.

—No, señor, no quiero verme rodeado de ese modo.

—Así me gusta, negro. En tal caso, habla: ¿Quién suelta el dinero de las soldadas?

—¡Señor!

—No seas tozudo, amigo. ¿Quién paga?

—No se lo puedo decir, señor. Mi pobre sueldo me llega sin que yo sepa de dónde viene precisamente.

—¿Sí? ¿Vuela sobre una alfombra mágica? ¡Ea!, ¿quién?

El negro se llevó las manos al estómago, y balanceóse sobre sus talones.

—Honradamente, señor. No sé nada más.

Yo quité el seguro, y pasé el dedo por el gatillo.

—Hablo en plan formal, cara de betún. Habla, y habla pronto y

veraz; de lo contrario, vas a recibir un obsequio.

El negro cayó de rodillas, y empezó a arrastrarse por el suelo. De su boca salía una espuma amarilla.

—Honradamente, señor. He dicho la verdad.

Apreté el gatillo, y le metí una bala en la parte carnosa del muslo. Quedó tendido sobre el puente, y se puso a gemir. Le había hecho un rasguño rojo de una pulgada, de longitud, poco más o menos. La bala había salido de la carne, hundiéndose en el maderamen. Era bastante para colmar de terror al negro. No hubiera querido emplear un arma, pero hubiese perdido demasiado tiempo hablando. Ahora llegaría un tropel de gente, y todo sería preguntar. En cambio, yo no estaba dispuesto a responder.

—La próxima se dirigirá al cerebro —le advertí, mientras él se apartaba rodando y se retorcía a mis pies.

—¡No, por Dios, señor! No más. A mí me paga Heisler, como le dije. Un tipo de categoría es el que manda el equipo. Un individuo gordo, que tiene una casa preciosa en Wallbender. No sé cómo se llama. Trata con joyas robadas; vea usted, lo admito. Pero sinceramente, patrón, no sé nada más.

Yo llamé a Edwina, que seguía en la bodega.

—Sube, pequeña; no tienes nada que temer. Mandaré a buscar un coche de lujo para que te lleve a casa, Edwina. No tengas miedo del negro… ni de los policías. Ellos sólo querrán hacerte preguntas. No tienes, nada que temer.

Y corté en este punto, saltando hacia la pasarela para atravesar la puerta de los muelles y subir al «De Soto». Estaba corriendo a toda marcha todavía, cuando me encontré delante de una cabina telefónica, y me detuve.

Eché la moneda, y marqué el número de La Jefatura de Policía. No esperaba que Murphy se encontrara allí; estaría en casa, gentilmente envuelto entre las sábanas. Pero allí estaba. Tenía servicio de noche, lo cual no le satisfacía grandemente.

—Aquí el oficial Murphy —dijo con su acento del condado de York. Tenía un buen trozo de cabeza calva, y una expresión permanente de desánimo. Sin embargo, había sobrados motivos para desanimarse: una mujer de doscientas cincuenta y dos libras, y once Murphys pequeños.

—¿Spud? Yo pensaba que estarías haciendo compañía a tu

señora, en la triplicada cama de los Murphy.

El oficial lanzó un gruñido. Casi siempre que le telefoneo gruñe. Siempre teme que le traiga contratiempos. Y eso es lo que ocurre usualmente, empero.

—¿Brent Channing? ¿Por qué demonios no te vas a la cama?

—Spud: para asaetearnos con réplicas y contrarréplicas, te llamaré otro día. Ahora la cosa va en serio. Reúne todos los agentes que puedas, y corre hacia los «East Central Docks», rada número quince. El «African Queen» es el cargo maloliente qué buscas.

Oí que Spud producía un murmullo gutural en el microteléfono. Estaría sin duda rascándose la coronilla de su calva cabeza, como suele hacer.

—¿Y por qué tengo que ir a la caza de ningún barco en absoluto?

—Es un buque de carga, Spud, y su cargamento le va a quitar el sueño durante algunas noches.

Ahora le oí silbar.

—¿Mercártelas especiales? Buen trabajo, Brent. ¿Qué lleva? ¿Contrabando?

Yo sonreí sin contento.

—Contrabando es la palabra adecuada. Adivina de qué clase.

Le hubieran oído ustedes pensando en voz alta:

—¿Licor? ¿Municiones? ¿Caucho para los chinos? Veamos si me lo dices.

—Perfectamente —le contesté. Pero me quedé pensando—. Otra cosa, Spud. Allí hay una niña; se llama Edwina Blake. Es a ella a quien has de dar las gracias. Una mención de agradecimiento del Departamento de Policía, sería una gran cosa. Y me gustaría que la llevaras a su casa en un coche de lujo. Ése es el premio por mi información.

—¿Premio? —chilló él—. Se trata de contrabando. No tienes derecho a reclamar ninguno. Es tu deber de ciudadano…

—Descansa un poco —le repliqué—. Y mientras te conformas con llevar a Edwina sana y salva a su casa, ve pensando en lo callado que vas a estar cuando te aborden los chicos de la Prensa haciendo preguntas. Ésta es una exclusiva Channing; cuidado con abrir esa boca de irlandés que tienes.

Él volvió a estallar.

—¡He de informarle, Channing, que está hablando con el oficial detective Murphy!

—¿De modo que te callarás cuando te interroguen, Spud?

Spud tragó saliva, lo cual era un modo de evitar el estallido. Luego preguntó:

—Di, Brent: ¿Quién lleva la batuta del asunto? ¿Cuál es el cerebro director? ¿Y qué hace la chica allí?

—No lo sé —le respondí—. Pero tú guardarás silencio cuando los saltamontes de la Prensa se congreguen ahí; ¿verdad, Spud?

El policía volvió a gruñir un poco.

—Perfectamente —dijo. Y el teléfono quedó silencioso.

Dejé de lado el «Chambiard» y un montón de otros establecimientos elegantes para ir a parar a un restaurante que conozco en Lexington, especializado en los huevos y el jamón. Cuando regresé a mi piso, noté que desde las siete y media en adelante, la mañana había sido ardiente.

Me serví el «Scotch» que hacía tanto rato tenía en el abandono, lo engullí de un solo trago, me preparé un café, fumé unos cigarrillos, y escuché los ronquidos de Perkins.

De modo que la mercadería eran joyas, y que Dolores Duprez no había muerto. Las dos cuestiones casaban como una mano en otra. El sepulcro guardaba el secreto del cual me había dado la llave la misma Phillipa, aunque yo fui demasiado obtuso para comprenderlo…, con los diamantes que ella llevaba.

Entonces, la cuestión en conjunto se precipitó encima de mí como una cascada de agua. La pequeña Edwina Blake les había resultado poco dócil; la pandilla le había pedido que transportara diamantes, y ella se había negado. Empero no le habían dicho que se trataba de diamantes.

Ahora lo veía claro, como el cristal; todas las piezas concordaban. Así se explicaba la presencia de la niña en la cripta. La habían encerrado allí mientras decidían lo que había que hacerse con ella. Luego, y a causa de su resistencia, a seguir el juego, la habían transportado al barco.

Habían tropezado con aquella sociedad del Mardí Gras, una brillante muestra de genio, pensando que la pequeña Edwina dibujaría una cruz sobre su corazón y guardaría silencio. Hicieron sus cálculos sin contar con Channing…

De pronto sonó por todo el piso el timbre del teléfono; yo cogí el auricular, y lo mantuve un instante en el aire. El comunicante tenía una voz atiplada y chirriante como el ruido de una puerta de goznes orinientos y estaría seguramente quitándose pieles de alrededor de las uñas.

CAPÍTULO XII

—Me dijo que le llamara temprano —excusóse Tony Duprez—. Para resistir la tentación de telefonearle, he pasado estas dos horas fumando tanto, que por poco me convierto yo mismo en una nube de humo. No quería interrumpir su sueño demasiado pronto. No sabrá nada de aquello; ¿verdad que no, Mister Channing? ¿Recuerda? Me dijo usted que sabría definitivamente lo que había sido de Dolores.

Se le notaba nervioso, excitado; debía de estar sudando.

—Sí —contesté, hablando despacio—. Tranquilízate, Tony.

—¿Quiere usted decir que está? —Su voz se quebró, y transcurrió un segundo antes de que llegara de nuevo—. ¿Está… muerta?

—No, Tony. Por eso te pido qué lo tomes con calma. He descubierto que no murió. Abrí la caja, hijo. Y no está en ella.

El teléfono traía el ruido de su respiración agitada.

—¿Abrió usted la caja? Ya sabía yo que seguía, viviendo. Entonces… entonces, ¿dónde está, Mister Channing?

—Ésta es la tarea que emprenderemos ahora —le anuncié, forzando las palabras entre los dientes.

—¿Quiere decir que lo sabrá… pronto? ¿La encontrará?

—No prometo nada, Tony. Excepto que no cejaré hasta que lo consiga.

Tony meditó un momento. Luego:

—¿Por qué pretendió él que había muerto, Mister Channing? ¿Para qué la caja vacía? ¿Por qué armar el espectáculo de un gran funeral? No veo el motivo de todo ello.

—¿Quién es *él*?

—Olsen Bacall, por supuesto.

Esto trajo el nombre a mi mente. Era un individuo a quien el negro había llamado «tipo de categoría». Un hombre gordo, con una casa preciosa en el Wallbender Building. ¿Qué otro podía ser?

—Sigue en contacto conmigo, Tony —le recomendé—. ¿Desde dónde me hablas?

—Desde un teléfono público, en Wilmington.

Colgué el auricular, con cuidado.

Perkins, en desorden el habitualmente cepillado pelo, el cuello del pijama subido y arrugado, y los ojos soñolientos, salió de su habitación y dirigióse hacia mí.

—Mister Channing, gracias a Dios que está usted en casa —su contento era tan manifiesto, que parecía iba a tomar forma corpórea —. Había oído una voz —entonces, sus ojos se fijaron en la taza de café vacía—. ¿Se ha preparado café usted mismo, señor? ¿Se encuentra perfectamente, señor?

Yo flexioné un bíceps. El del brazo derecho.

—Gracias a Dios —repitió él—. Me quedé muy preocupado, señor, cuando vi que no regresaba. Le esperé hasta cerca de las dos, señor —y después de fijarse en el reloj de la repisa de la chimenea, añadió—: Supongo que esto explica que me levante tan tarde, señor.

—No te atormentes —le contesté—. Si estás cansado, vuélvete a la cama. Allá voy yo también.

—Sí, señor. Sus cosas están a punto, señor. ¿Querrá tomar un baño?

—Cuando me levante.

—¿Y alimento, señor?

—Deja el alimento. He comido jamón y tres huevos. Puedes servirme una copa —el cogió la botella, y sacó un vaso—. Y harás bien sirviendo una para ti.

Abrió unos ojos que, parecía iban a salírsele de las órbitas. Mis palabras le escandalizaban. Muchas cosas de las que yo digo o hago, escandalizan a Perkins.

—¿Yo? ¡Ah, no, señor! Como usted sabe, tengo cierta amistad con otro caballero que sirve a un caballero ahí en la otra manzana, de casas, y si le llegaba alguna vez al oído, señor, que yo había bebido a quien sirvo, mi reputación sufriría un perjuicio irreparable.

—Perkins —aullé yo—, has metido ahí demasiados caballeros para que pueda entenderte un periodista. Sirve un segundo «Scotch», y bebe un trago. Lo necesitarás.

El bueno de Perkins estaba a punto de llorar.

—Viértetelo detrás de las orejas si no puedes beberlo —insistí— pero llénate la copa.

—Si usted insiste, señor…

—Ésta es la palabra. Te lo mando.

—Muy bien, señor —y vertió cosa de un cuarto de pulgada de «Scotch» en su copa, sosteniéndola luego como si fuera la estallar.

—A ver si puedes —dije yo, bebiendo la mía de un tirón.

—Le pido que me perdone, señor, pero ¿puedo desearle que goce de un sueño tranquilo?

—Claro que sí —le contesté, sacando un «Chesterfield» y sin llegar a reunir el valor suficiente para arrojarle uno—. Oye, quiero que me escuches con atención, Perkins. Un individuo casado anuncia de repente que su mujer ha muerto. La entierran, y la ciudad llora. El individuo vuelve a casarse… y quince meses después la esposa número dos muere… ante la boca de un cañón de pistola. El buen señor dice que se ha suicidado. En cambio, otros saben que no es así. Un sujeto tan entrometido como un reportero de crímenes, pongamos por caso, echa un vistazo dentro del ataúd de la primera esposa, y ve que no contiene ningún cadáver. ¿Me comprendes? ¿O es que corro demasiado?

Perkins metió la punta de la lengua en el «*whisky*», e hizo una mueca. No sabía si le gustaba o si le causaba repugnancia.

—No, señor —respondió—. Le sigo perfectamente.

Yo aullé:

—Óyeme, Perkins, te estoy contando un caso que podría costar la cabellera a mucha gente, y hasta que les rellenaran la cabeza con carbones encendidos, y tú te quedas sentado y me dices: «Le sigo perfectamente». ¿Reaccionas como el común de las gentes, Perkins?

—Perdóneme, señor.

—Déjate de perdones. ¿Qué te parece todo ello?

—Puede ocurrir que la primera esposa no hubiera muerto, señor. Sin embargo, la investigación habría…

—No hubo ninguna investigación —repliqué yo, lentamente—. ¿Y cómo te explicas que no se hallara ningún cadáver en la caja?

—No sabría decirlo, señor, pero a mí me parece que pudiera ser que alguien hubiera, tramado la cosa a fin de que sirviera para encubrir algo, señor. Yo lo veo así, si es que puedo aventurar una opinión.

—Para encubrir algo… De modo que tú también compartes mi criterio. ¿Sabes lo que encontré en el depósito del panteón de la antigua familia?

La faz de Perkins seguía tan inexpresiva como antes. Y siempre estaría igual.

—No, señor. No puedo aspirar a adivinarlo, señor.

—Una muchacha.

—Sí, señor, la difunta segunda esposa.

—Sí, su cuerpo estaba allí también, pero la muchacha a quien encontré estaba viva.

—¿La primera esposa, señor?

—No, una chiquilla de dieciséis años.

—¿Una niña, señor? ¿En un panteón? Un sitio muy poco apropiado para una niña, señor.

—Estaba allí en espera de que la llevaran a un barco, Perkins, y el barco tenía que transportarla a un determinado lugar.

—¿Iba de vacaciones, señor?

—Sí —le contesté, apretando los dientes—, unas vacaciones de las que no se regresa. Descubrí también el barco, amiguito, y dentro del barco algunas cajas de té. Creo que estaban abarrotadas de piedras. Diamantes, para que lo comprendas mejor. Lo mismito que el paquete, que encontré en el ataúd. También diamantes, para hablar más claro —en realidad, ahora estaba yo pensando en voz alta—. La cripta actuaba de almacén, de escondrijo; el féretro era un recurso para alejar a los curiosos. A Edwina la querían para que transportara los diamantes a un lugar que yo imagino, fiados en que nadie sospecha de una niña. Suponiendo que un día la cogieran, confiaban en que el cuento aquél del Mardí Gras les salvaría, y esperaban que Edwina diría todo lo que se le antojara antes de revelar el secreto.

Perkins volvió a sumergir la lengua de tal modo, que yo hubiera podido avergonzarle.

—Un sorprendente enredo, señor. ¿Y usted le puso fin?

—Sin duda. Yo he telefoneado a Murphy.

—¿Quién habrá podido dirigir este… negocio, señor?

—El sujeto que se casó con las dos damas, por descontado. ¿Qué harías tú, Perkins?

El dirigió los ojos hacia el reloj de La chimenea.

—¿Yo, señor? Me iría a la cama. A usted no le conviene mezclarse con gente que trafica en diamantes.

Me levanté de la silla, y dejé el vaso vacío sobre la mesa.

—Seguiré tu consejo, Perkins; quiero decir que me iré a la cama. Estaré dispuesto para que me llames a las dos.

Estas palabras le hicieron sonreír. Mejor dicho, aquello quiso ser una sonrisa, pero quedó reducido a una mueca de las que uno hace cuando tiene dolor de muelas.

—No creo que me oiga, señor. Pero a pesar de todo, le llamaré a las dos.

Cuando me hube bañado y vestido, me lancé contra la ensalada con pollo que Perkins me puso delante. Luego subí al «De Soto» y me dirigí hacia Wilmington, en medio de La luz deslumbrante de la tarde.

«Duprezwille» no tenía mejor aspecto de día que de noche. La hierba, que llegaba a la rodilla de un hombre, se agostaba un poco bajo la caricia del sol ardiente. La tabla suelta en la estrecha galería volvió a gemir de nuevo cuando apoyé el pie encima de ella. Empujé la puerta, y entré. Tony no se había preocupado de cerrarla.

Las telarañas estaban intactas. Los elegantes muebles seguían siendo tan elegantes como fuera posible debajo de una capa de polvo de media pulgada. Las cortinas seguían cubriendo perfectamente las cerradas ventanas; los espejos reflejaban el sol. Todo continuaba exactamente igual que la última vez que yo estuve allí.

Excepto por una cosa.

Un hombre colgaba, suspendido por el cinturón, en la puerta de un dormitorio. Su barriga sobresalía por encima de los pantalones; un taburete de tomar café había sido arrimado cerca del pingajo de sus piernas ya inservibles, enredadas una con otra como si alguien le hubiera retorcido todo entero; su cara, azul rojiza, miraba hacia el techo, y su negra lengua colgaba entre el último y feroz mordisco de sus dientes.

El sol arrancaba una hoya de sombra de los restos mortales de

Olsen Bacall, sobre una espesa mancha de sangre.

CAPÍTULO XIII

—Será mejor que se arrime a la pared —dijo una voz femenina—. Y no intente deslizar la mano hacia su bolsillo. Se expone a un accidente.

Me volví de cara a la pared. Era un cuadro más agradable que el que ofrecía el difunto Mister Bacall.

—Yo no he dicho que escondiera el rostro; le he dicho sólo que se arrimara a la pared —me advirtió ahora la voz. Y me volví.

Inez Martell andaba lentamente, envuelta en no sé qué prenda de vestir de seda roja completamente adherida a su cuerpo, que se mecía todo con el movimiento de andar. Su mano derecha sostenía una pistola automática de bolsillo, del calibre 25. Pude observar que el sol se reflejaba en la cima de su pelo negro y trenzado. De súbito se cubrió sus grandes ojos de pantera con la mano izquierda. La visión de Olsen Bacall la complacía tanto como a mí. Desvióse hacia la izquierda, siempre encañonándome con el arma, y dio unos pasos hacia una puerta.

—Adentro —ordenóme con el estilo lacónico y concentrado que exteriorizaba.

—Es la primera vez que una dama tiene que obligarme bajo la amenaza de un cañón para que entre en su dormitorio —le dije.

Cuando estuvimos dentro cerró la puerta, abrió la ventana de par en par, y sentóse en el borde de la cama, como si sus piernas no le proporcionaran todo el sostén que necesitaba.

En el dormitorio no había polvo ni telarañas. Quizá el polvo y las telarañas no valen para los dormitorios. No hubiera podido decirlo.

—¿Por qué le ha matado? —me preguntó de pronto, con los ojos ansiosamente vueltos hacia la luz. Llevaba un par de medias de

encaje sobre fondo negro. Iguales que el par que Tony Duprez creyó que pertenecían a Dolores.

—¿Matar? ¿Yo? ¿A quién?

Ella sacudió la cabeza.

—Ya lo sabe. A Olsen.

—No le he matado yo —repliqué—. Si sus orejas funcionan bien, ha de haber oído mi coche hace pocos minutos. Acabo de llegar, señora.

La mujer meditó un momento, y luego contrajo los labios en una mueca sarcástica.

—Pero puede ser que lo haya matado y se haya ido, regresando después.

—Podría haberlo hecho —convine yo—. Sólo que no lo hice. La cosa no habría tenido ningún objeto; ¿no le parece? —Miré por la ventana abierta. Como había dicho Maisie Terroni, por atrás, el jardín continuaba hasta la orilla del agua. Desde donde estaba, se veía perfectamente el lago y la caseta de ladrillo para la barca.

—¿Entonces, por qué está aquí? —me preguntó.

—Busco a una señora.

Inez me dirigió una larga mirada.

—Es usted guapo. Imagino que invierte mucho tiempo buscando damas.

—Cierto —admití—. Es todo lo que hago.

—Jerry y Charley dicen que se cuida también de muchas otras cosas. No les agrada usted.

—Nunca se han permitido una oportunidad para que despierte sus simpatías —objeté yo.

—Déjese de bromas, Channing. Le odian a causa de su negocio de usted. No les gustan los chicos de la Prensa.

—En eso está usted en lo cierto, Inez. Imaginaba que había quedado usted en suspenso cuando vió… —Y volví la cabeza hacia el otro salón, para indicar a qué me refería. El cañón de su arma avanzó ligeramente hacia mí, y la mujer se levantó. Sin sombrero, sin capa, ante mí no tenía más que a la Inez Martell estricta, en su envoltura, de seda roja.

—Sí, quedé. Y estoy todavía. Era un hombre magnífico. Pero ahora ha muerto, ¿verdad? Todo lo que tengo que hacer, es encontrar al responsable.

—¿Y entonces…?

Me contestó, mirando el cañón del arma:

—A quien sea, le espera esto.

En aquel momento quise probar fortuna, y me metí la mano en el bolsillo sacando algunos «Chesterfields». Echéle uno, pero procuré deliberadamente que se quedara corto. Ella se inclinó voluntariamente para cogerlo. Mis pies se precipitaron encima de la alfombra; le cogí el arma, y se la quité de la mano de un tirón. Fué todo tan sencillo como lo cuento. Después encendí una cerilla y puse el cigarrillo entre aquellos labios, rojos y carnosos.

—Necesitará un poco de humo —sugerí, introduciendo su diminuta pistola en mi bolsillo, y encendiendo un cigarro para mí —. Ahora podemos hablar como buenos amigos. Con las armas siempre se corre el riesgo de que a uno de los dos le quede paralizada la lengua.

—¡Es usted un ratero! —apostrofó, hundiéndose en la cama y poniéndose a llorar. Yo la dejé que se desahogara. Así estuvo durante un minuto. Luego le pegó un par de fuertes chupadas a su «Chesterfield» y lo tiró, apagándolo con el tacón de su zapato. La alfombra no era mía; por lo tanto, ¿para qué regañar? Me incliné y le acaricié el cabello, pasándole la mano por encima, como había hecho con casi todos los gatos de Maisie. Lo llevaba peinado formando dos trenzas arrolladas sobre la cabeza y sujetas con media docena, de alfileres. Se los quité uno por uno, y los deposité encima del cubrecama. Volvióse una sola vez para mirarme, pero luego siguió contemplando el vacío y sollozando dulcemente, con un llanto que agitaba sus hombros. Yo conocía el tipo a que pertenecía la Martell: duras como el granito y casi lo mismo de comunicativas. Sus lágrimas se regulaban como una espita, a voluntad.

Yo quería que me diera una información, y tenía que alcanzarla del único modo que podía estimular la locuacidad de Inez Martell. Aplasté mi propio cigarrillo contra el suelo.

Su cabello era largo. Las dos trenzas caían abandonadas sobre su espalda. Ya dije que le llegaría a la cintura. Tenía el pelo muy espeso, y perfumado con «Houbigant Quelques Fleurs». Pero yo no iba a dejarme intoxicar por ningún perfume. Ni por Inez Martell. Ni siquiera envuelta en un vestido que se pegaba al cuerpo.

Le deshice las trenzas; los bucles se desparramaron sobre su

espalda, lustrosos, abundantes.

—¿Le gusta jugar con mi pelo? —preguntó sin interés.

Estaba sentada, con la espalda doblada, en el borde de la cama.

—Sí —contesté con voz ronca, desligándome al otro lado para verla de cara. Dividí el cabello en dos trenzas, y se lo hice caer sobre los hombros, de forma que le llegó más abajo de la cintura. Ella volvió hacia mí sus negros ojos. El llanto los había rodeado de un círculo rojo. También el roce del pañuelo, al restregarlos, había producido círculos rojos en la piel. Pero, en fin, Inez había dejado de llorar por todos los ayeres muertos y transcurridos, y se disponía a vivir todos los mañanas, no llegados.

Me rodeó el cuello con ambos brazos; su mejilla se pegó contra la mía. Lo intentaba todo.

—Déjame ir, Brent. Deja de apurarte por el pasado. Concentrémonos ahora en el presente. Tú y yo —sus súplicas no encerraban ninguna delicadeza; resultaban ásperas y quebradizas, como el pelo demasiado seco de Maisie—. Todos los hombres son iguales, Brent. Todos persiguen y anhelan, y cuando se les da lo que quieren, todos se entregan. En realidad, todos están hechos con el mismo molde. Unos son gordos, otros flacos, pero ésta es la única diferencia —y aquí sus labios, se entreabrieron ligeramente; estaban húmedos—. ¿Quieres besarme?

—Sí —dije yo, con voz alterada. Y la besé. Pero mientras la besaba, agarré con fuerza sus dos trenzas y las levanté bruscamente, de modo que formaron un nudo alrededor de su garganta. Ella se echó hacia atrás.

—¡Eh! —exclamó sobresaltada—. ¿Qué te propones? —La sorpresa le hizo apretar fuertemente los labios. Trató de levantarse, pero yo apoyé una rodilla en mitad de su cuerpo y la obligué a tenderse otra vez sobre la cama, al mismo tiempo que tiraba de las trenzas con mayor fuerza.

—¿Dónde está Dolores Duprez? —pregunté.

El terror abría desmesuradamente sus ojos. Sus manos se agitaban en el vacío en un vano esfuerzo para, sentarse… aunque no lo iba a conseguir; yo cuidaría de ello. Apreté su garganta algo más aun; ella, lanzó un chillido.

—Me hace daño. Suélteme.

—No la suelto hasta que hable, Inez. ¿Dónde está?

Por entre los labios rojos que parecía iban a reventar, hizo pasar la palabra.

—Murió.

Yo empuñé las trenzas más arriba, y tiré hasta que la hice toser y arrojar una rociada de saliva.

—¡Me está estrangulando! —chilló.

Asentí, malcarado, con un movimiento de cabeza.

—Es usted una cosa seria para adivinar lo que va a ocurrir, Inez. A menos que me diga dónde está Dolores Duprez, voy a estrangularla a usted para, colgarla luego al lado de Bacall.

Ella lanzó otro chillido, y empezó a echar espumarajos.

—¡Ha muerto! ¿Verdad? ¡Murió! ¿No es cierto?

Acerqué algo más mi rostro al suyo.

—¡Yo vi el interior del ataúd, Inez! —le grité junto al oído izquierdo—. ¿Sabe lo que vi?

Inez trató de volver la cabeza al otro lado. Su cuerpo se agitaba en convulsiones, sus piernas subían y bajaban luchando para alcanzar el suelo, sus manos repiqueteaban enojosamente sobre mi faz.

—¿Qué?

—Diamantes. Centenares de diamantes. En cantidad suficiente para cubrir con ellos una docena de palacios reales. Dolores Duprez no ha muerto todavía, y usted lo sabe. Fué una ficción. Bacall la quiso quitar de enmedio, para poder asustar a los entrometidos con un féretro en una cripta. ¿Sabe para qué utilizaban la cripta, Inez?

Ella probó de negar con la cabeza. Yo la enteré.

—Para almacenar el botín. Como usted sabía perfectamente, Bacall era el rey de los diamantes.

—Usted está loco —barbotó Inez.

—Bien, hermana; ¿hablamos, o empiezo el segundo acto?

Y como no contestara una sola palabra, tiré más aun de las trenzas, de modo que vi que la piel de su garganta se ponía roja y arrugada. Luego hizo una indicación repentina con los ojos, y la solté.

—Creo que me hubiera matado usted —dijo, al cabo de un momento.

—Necesito esta información con urgencia —repliqué—. Si no la obtengo pronto, voy a empezar de nuevo. Y la próxima vez, no

habrá tregua.

Estoy contento de que no quisiera hacer la prueba. Hasta entonces no había matado a ninguna dama todavía, y no tenía ningunas ganas de empezar. Inez volvió la cabeza hacia mí súbitamente, y dejó que sus ojos se posaran largo rato en mi faz. Luego habló de un tirón, sin tomar aliento.

—Tienes razón en lo de que la muerte de Dolores fué una patraña. Olsen necesitaba un lugar donde esconder las gemas robadas. Por ello se le ocurrió que una cripta en un cementerio, sería el único sitio que nadie pensaría revolver. Se las compuso de modo que no hubiera ninguna investigación; usted estará enterado ya de todo ello.

—Sí, lo sé.

—Luego se llevó a cabo el pretendido funeral.

—¿Era en su piso de Riverside donde se clasificaban y valoraban las joyas?

Inez me oprimió el brazo.

—Oiga, Channing. A mí no me gustaba ninguno de los dos detalles del conjunto. Pero Olsen era un tipo de hombre capaz de hacer cambiar de opiniones a una chica… sobre cualquier cosa… Todo marchaba divinamente, hasta que la perrita aquélla empezó a meter las narices.

Le crucé el rostro de una bofetada. Inez se llevó ambas manos a la cara, acariciándosela para aliviar el dolor del golpe.

—No hable de Phillipa de ese modo —le reconvine—. Ella descubrió lo que ocurría, y telefoneó. Y mientras hablaba conmigo, Bacall la sorprendió y la mató. ¿Concuerda?

—Ahora está muerto, ¿verdad? Lo que se diga, ya no le perjudicará en nada. Sí, la mató ciertamente, como habría matado a cualquiera que se hubiera cruzado en su camino. Se había propuesto amasar una fortuna colosal; las presidencias y consejerías que ostentaba, no representaban nada para él. Además, no rendían. A él le gustaba la aventura, la intriga, y satisfacía su gusto de este modo. Phillipa gemía y se quejaba por el número de desconocidos que pasaban por su piso. No sabía la loca que eran los corredores que distribuían los diamantes por todo el mundo, dando lugar a que ella pudiera lucir abrigos de visón y diamantes verdaderos en el pelo. Olsen temía terriblemente que alguno de los corredores le

estafara; por eso quiso utilizar a Edwina Blake. Pensaba entregarle paquetes que ella llevaría en el bolso de la escuela. —Inez se pasó los dedos, delgados y cubiertos de joyas, por entre el cabello—. Una pequeña idea, muy aguda; ¿no le parece?

La expresión de mi rostro revelaba que no admitía que lo fuera.

—De modo que ya estamos de acuerdo lisa y llanamente en todo, excepto en lo referente a la muerte de Dolores. ¿Dónde está?

Ella sonrió lentamente.

—Supongamos que no se lo diga jamás.

—En este caso, la obligaré.

La sonrisa se convirtió en una mueca de sarcasmo.





—Con las armas siempre se corre el peligro de que a uno de los dos le quede paralizada la lengua.

—¿De veras? ¡El grande, el corpulento, el pesado Channing! ¡Me haría hablar pretendiendo que iba a estrangularme! ¿No es cierto? Y cuando estuviera a las puertas de la muerte me dejaría en el suelo, me haría dar la vuelta y me diría entonces: «Hable, o de lo contrario repetiré la dosis». ¿Es éste el estilo, Channing?

—Ya le dije que es usted una cosa seria adivinando el futuro —encendí otro «Chesterfield», y la observé atentamente a través de la

niebla de humo.

La mueca se había iniciado en sus labios, hundiendo las comisuras de los mismos; ahora se extendía por todo su rostro, fijándose en los negros ojos.

—¿Le importa que me peine? —me preguntó.

Yo levanté mi cigarrillo lo mismo que él director de una banda mueve la batuta cuando llega el momento de las notas agudas. Lo sostenía con la mano izquierda. Con la derecha había cogido el revólver. Ahora, en el último momento, no quería que me sorprendieran.

—Adelante —respondí—. Pero no intente pasarse de lista. El cementerio está lleno de gentes que quisieron ser listas.

Inez cogió un peine amarillo, de material plástico, de encima de la labrada mesa de nogal del tocador, al mismo tiempo que se llevaba los ensortijados dedos a la boca.

—Es usted un vivo, Channing —dijo—. Me admira que no le mejoren de posición.

Al cabo de otros treinta segundos había muerto. Cayó al suelo de costado, arrastrando en su caída la colcha de la cama y que ahora cubrió la parte inferior de su cuerpo. Sus dedos, inertes soltaron el peine; los alfileres, que no necesitaría ya nunca más, se derramaron por la alfombra como seis pequeños saludos a la muerte.

Inez Martell había vencido a mi «Colt» y al estrangulamiento, con una pildorita. Quizá ahora usted, Channing, esté deseando haber hecho algo más práctico que tomar un solo curso por correspondencia sobre reportajes de crímenes.

Estaba inclinado todavía sobre ella, cuando la puerta se abrió, y vibró por toda la habitación una carcajada aguda, mezclada con un chillido histérico que anonadaba mi valor. Parecía la risa de un loco.

CAPÍTULO XIV

Se me ocurrió que su chaqueta verde desabrochada, parecía estrecha. Le caían los hombros, y el pelo color rubio ceniza no estaba ya peinado y perfectamente liso, sino que aparecía revuelto como si lo hubiera levantado el viento; un largo mechón le caía sobre la frente. La parte inferior de sus pantalones Daks, grises, se veía húmeda como si hubiera estado en el lago. Los mocasines aparecían fangosos. El tic de la mejilla seguía latiendo. Tenía los ojos grandes, enrojecidos y salvajes. Y seguía riendo con aquel chillido de demente. Yo di la vuelta rodeando los restos de Inez Martell, y me acerqué a él.

—¡Basta, Tony! —le grité.

El me miró con ojos vidriosos. Creo que me veía como una forma velada. Luego captó mi mirada y bajó la cabeza hasta que distinguió a Inez bajo la colcha de la cama, tendida en el suelo. Entonces la carcajada subió de tono. Tuve que darle un cachete en la mejilla. Su aguda risa cesó bruscamente, y se puso a gemir como un perrillo abandonado.

—¿Quién es? —susurró.

—¿No la habías visto nunca, Tony?

El movió la cabeza vigorosamente, de tal modo que el revuelto pelo se agitó de un lado a otro. Sus brazos colgaban inermes, y la inclinación de sus hombros se hacía más pronunciada.

—¿Quién es? —volvió a preguntar.

—Inez Martell. Participaba en el juego con Olsen Bacall —se puso a reír nuevamente, pero advirtió mi mirada, y se calló.

—¿La ha matado usted de un tiro?

—No. Se ha tragado una píldora, en el preciso instante en que me iba a decir dónde está tu hermana —saqué un «Chesterfield», y

le ofrecí después el paquete a él. Escogió un cigarrillo, y estiró los labios preparados para recibirle. Se lo encendí. La primera chupada la engulló como si se comiera el humo. Yo fumaba como si tuviera más tiempo.

—¿De veras, no la mató? —insistió con voz suave.

—De veras, Tony. Pero ya que hablamos de matar, ¿cómo ha venido a parar Olsen Bacall a la situación en que se le ve ahora?

Tony no me contestó. Penetró más adentro de la habitación, e inclinóse sobre la pantera. No se arrodilló, sino que se balanceó doblado por la mitad, contemplando el pelo largo y negro de la joven, la cara blanca, sin sangré y los labios apretados. Luego se enderezó, dió un par de pasos, y, levantando la cabeza hacia el techo, prorrumpió nuevamente en su risa histérica. Las carcajadas llenaban la habitación y salían por la ventana como gozosas de dispersarse en la brisa estival.

—¿Me has oído, Tony? ¿Cómo ha llegado Olsen Bacall a tener ese aspecto?

El joven dejó de reír, y se volvió hacia mí con aire feroz.

—Porque yo se lo he permitido —chilló—. Durante días enteros rondé por los alrededores de Wilmington, esperando, aguardando, mirando. Por fin llegó. Le enseñé la navaja, pero todavía, no quería hablar. Probé todo lo que se pueda imaginar, y con todo ello se llevó su secreto a la tumba. Nunca reveló dónde está Dolores. —Tony terminó con un lloriqueo.

—¿Le obligaste a decir algo más?

Tony expulsó un gran volumen de aire en un tembloroso suspiro.

—Sí, *Mr*. Channing. Le hice explicar lo de los granujillas extraños que iban por su piso, y le hice hablar claramente. Los raterillos manejaban los diamantes para Bacall. Pero todavía sé más sobre ello. Fui al Wallbender de noche, y vi un sujeto japonés llamado Oko. Chilló mucho, pero habló. Luego vino un sujeto llamado Heisler. Éste habló también… Pero nadie me dió una información clara relativa al paradero de mi hermana. Heisler dijo que habían enviado más de cinco toneladas de diamantes al extranjero. Al japonés le estrangulé, y a Heisler no le gustó la navaja. Entonces regresé acá y… —Y se calló de pronto, arrojándose sobre la cama y echando a llorar con tal gana, que parecía no iba a terminar nunca.

Fué entonces cuando lo percibí. Muy bajo primero, pero cada vez más fuerte y más cerca. Era el palpitar rítmico del motor de una canoa. Acerquéme a la ventana, evitando pisar a la Martell. Quedéme de pie tras los visillos, y mis ojos recorrieron el terreno de la parte posterior cubierta de hierba, el desembarcadero, los alrededores de la caseta para la barca y la superficie del lago. A mi izquierda tenía la Whiteface Mountain, con el sol en su cima, que lanzaba destellos.

En la canoa se distinguía a un hombre sentado ante el volante, pero estaba demasiado lejos para verle el rostro. Las aguas del lago hacían honor a su nombre… eran plácidas. Entonces no me parecía tan raro que al lado del desembarcadero hubiera la caseta de ladrillo; fué algún tiempo después cuando caí en la cuenta de que las casetas para embarcaciones nunca, se construyen de ladrillo, sino de madera.

Volví los ojos hacia Tony Duprez, que continuaba en la cama. Las únicas partes que se movían de su persona eran los agitados hombros y la mejilla, con su tic incesante.

Me retiré de la ventana y le toqué. Tenía la mano izquierda extendida al frente, y sus delgados dedos sostenían el cigarrillo que iba ardiendo, de modo que al cabo de un segundo la brasa tocaría a la piel.

—Recóbrate, muchacho —le dije con voz tajante—. Y ten cuidado que no pongas la casa en llamas. Hacia acá viene un individuo en una embarcación, y no quiero exponerme a que estalles otra vez en aquella risa loca. Qué, ¿te dejo sin sentido de un golpe o permanecerás callado?

Tony dejó de lloriquear, y se incorporó. Volvió a chupar el cigarrillo, y con la mano izquierda se alisó el rubio cabello con tal maña, que ya no parecía revuelto. Luego sacó un peine de un bolsillo interior, y se peinó.

—Muy bien, *Mr*. Channing —exclamó, como si le exigiera mucho tiempo el controlar su voz—. Haré como dice —y se levantó algo inseguro encaminándose con precaución hacia la ventana, desdé la que, acogiéndose a la protección de las cortinas, atisbó el exterior.

—¿Le conoces? —pregunté yo tras él, echando otro vistazo.

—No —respondió.

La canoa estaba a menos de cien yardas del desembarcadero. Venía derechamente hacia nosotros, dejando tras de sí, una estela en forma de horquilla de hierro en el cabello de una mujer, festoneada de blanco en los bordes. El individuo del volante era un tipo flaco, con unos rasgos fisonómicos amontonados en laberinto. Llevaba sombrero de fieltro, hundido hasta las orejas; aunque hubiera sido menester mucho más para encubrir la identidad de Charley «the Nick».

—Yo sí —dije en voz baja—; sí, le conozco. Es Charley «the Nick», uno de la cuadrilla de Bacall —sentí que el chaval se apretaba contra mí. Arrojó su cigarrillo al suelo, y lo aplastó con el tacón como si estuviera aplastando el rostro de «the Nick»—. ¿Vas armado, Tony?

—No —contestó él—. Como le dije, odio el ruido —pero, dándose unas palmadas en el bolsillo de pecho, añadió—: Tengo una navaja, sin embargo —yo saqué de mi bolsillo la pistola del 25 de la difunta *Miss* Inez Martell, y se la puse en la mano.

—Puede ser que pronto tengas que acostumbrarte a soportarlo.

Él movió la cabeza.

—No me gustan las armas —susurró.

—Yo también soy de ese parecer —repliqué.

—¿Usted? —interrogó él, mirándome fijamente.

—Sí. Lo que pasa es que prefiero utilizar un arma antes que tomar un billete de ida sin regreso para el camposanto. Quizá te decidas a mirar la cosa desde el mismo punto de vista.

Tony cerró los dedos alrededor de la automática.

—Sí —repuso, con los ojos fijos en los míos—, quizá me decida, considerándolo así.

Oímos que el motor se paraba de pronto. Nos habíamos acostumbrado a aceptarlo ya como un elemento más del ambiente; su repentino silencio dejó el cuarto frío, quieto y amenazador. La canoa se deslizó hacia el desembarcadero; no había ahora la posibilidad de tomar por otro a «the Nick». Al ver a Tony levantando el arma y tomando puntería desde la ventana, me puse a reflexionar. Me alegraba ahora de que viniera en canoa; de este modo no vería el «De Soto».

—No —le dije en voz baja—. Yo no lo haría; «the Nick» es nuestra única esperanza. Es la única persona que puede decirnos

dónde está Dolores. Puede ser que más tarde tengamos que disparar, pero por el momento tenemos que tomarlo con calma. Necesitamos al individuo vivo…, no frío y callado.

Tony bajó el arma; la mano que la sostenía cayó inerte a su costado.

—Tiene razón, *Mr*. Channing. Usted siempre tiene razón.

Bueno, no podía decirse que estuviera siempre tan acertado, pero sí existía la esperanza, mientras «the Nick» viviera, de hacerle hablar. Y si era cuestión de realizar algunos intercambios personales, se podría juguetear con él… en pago de las armas y las píldoras.

La canoa enfiló hacia el desembarcadero, y al cabo de un instante se detuvo. «The Nick» saltó a tierra, paseó una lenta y escudriñadora mirada por su alrededor, abarcando un extenso radio, y luego amarró la embarcación. No llevaba ningún arma a la vista, pero esto no significaba nada. Charley era capaz de sacar una pistola a la luz del día en una millonésima de segundo. Atravesó el embarcadero con paso firme; percibíamos el ruido de sus grandes botas. Y nos disponíamos a darle la bienvenida tan pronto como llegara al hotelito.

Sólo que no se dirigió hacia allí. Giró hacia la izquierda del desembarcadero y avanzó por un caminito de gravilla, con más hierbas que chinas, dirigiéndose a la caseta de ladrillo.

Guiñé el ojo a Tony y atravesamos el cuarto, rodeando el cadáver de Inez y salimos a la habitación mayor. No sé si Tony dedicó una mirada a Olsen Bacall. Yo no.

Caminamos silenciosamente a lo largo del edificio, cruzamos el terreno de la parte trasera con su selva de altos hierbajos, y nos deslizamos detrás de un frondoso roble.

Llegamos en el momento preciso para ver a Charley «the Nick» tentándose la chaqueta en busca de una llave. Cuando la encontró, volvió a recorrer los alrededores con la mirada, y como no nos vió, metió la llave en la cerradura. Dióle vuelta rápidamente y entró, quitando la llave y cerrando tras de sí.

Tony me dirigió una mirada asombrada, interrogativa. Yo me encogí de hombros. Nos acercamos más, pero con mucho cuidado. Rodeé el roble y caminé de puntillas por el sendero cubierto en otro, tiempo de gravilla. Con las mismas precauciones nos

acercamos los dos a la parte delantera de la caseta, nos detuvimos al llegar a la acera de hormigón que la protegía. Yo no percibía otro ruido que un martilleo en el interior de mi pecho: los fuertes latidos de mi corazón. Volví la cabeza, mirando por encima del hombro; Tony se estaba humedeciendo los labios con la lengua. Tenía el tic-tac tan pronunciado que le debía hacer sufrir. Apliqué el oído a la puerta, y escuché.

Pertenezco a la clase de sujetos que cuando escuchan intensamente, oyen toda una orquesta de sones. Sin embargo, no existen sino dentro de mi propia cabeza. En aquel momento los oía. Pero en el interior de la caseta, ni el más leve crujido.

Así estuvimos cinco o seis minutos, quizá; notaba que la tensión nerviosa dominaba ya a Tony Duprez. Su rostro había tomado un color ceniza, y seguía pasándose la lengua por los labios. La mano que acaso tuviera que apretar aún el gatillo, temblaba. Yo sentía en mi cuello el mordisco del sol abrasador. La brisa había muerto; notaba que la camisa se me pegaba a la espalda. Tony se tragaba la saliva con tal dificultad, que oía yo el ruido de la deglución, y calculaba al mismo tiempo que si la tensión no se rompía rápidamente, mi compañero era capaz de pasar de repente a mejor vida. Extendí una mano, y cogí la suya. Él sonrió tan débilmente que nadie más lo hubiera notado, y asintió con un movimiento de cabeza, como si quisiera decirme: «Estoy perfectamente». Yo deseaba que fuera verdad. Pero como no quería encontrarme con un hombre desmayado a quien socorrer, decidí que habíamos perdido ya bastante tiempo esperando inactivos, y que necesitábamos un poco de movimiento.

Y lo serví en bandeja de plata.

CAPÍTULO XV

Levanté el «Colt» del 45, y golpeé ruidosamente la puerta con la culata.

—¿Hay alguien en la casa? —grité, empujando la puerta. Pero «the Nick» la había cerrado por dentro, como supuse. Entonces, el ruido fué inconfundible. Unas pisadas se acercaban por el pavimento de cemento. Era el andar de un individuo que había dado media vuelta repentinamente, y que ahora caminaba presa del terror.

Oíamos cómo levantaba los pies, poco a poco, sentándolos otra vez con todo cuidado. Podíamos imaginarnos a «the Nick» pasmado, acercándose con aire estúpido hacia la puerta.

Después habló, y en sus palabras se notaba la vibración del miedo.

—¿Quién es?

Yo sonreí sin alegría.

—Un amigo —le contesté—. La Prensa. Ya sabes, los chicos que os proporcionan la publicidad de balde.

Él profirió un juramento.

—¡Channing! ¡Maldito sea! ¿Qué quiere?

—A ti —le dije quitando el seguro del arma.

Él contestó con un sonido que era mitad carcajada y mitad juramento también.

—Será mejor que se largue deprisa, Channing. Es muy fácil que me ponga excitado. ¿Y sabe lo que ocurre en tales ocasiones? Hago volar los sesos de los chicos de la Prensa.

—Gracias por la fineza —le espeté como réplica—. Tú siempre decías que los chicos de la Prensa no tenían seso.

Se oyó una detonación; la bala pasó a través de la madera de la

puerta. Charley «the Nick» no quería malgastar más tiempo en conversaciones. Detrás de nosotros se oyó el ruido de un cuerpo duro cayendo en el agua. Bien, el plomo estaría mejor dentro del lago que entre nuestras carnes. Indiqué con un gesto de Tony que buscara refugio, y nos largamos los dos a sitio más seguro. Desde allí apreté el gatillo del «Colt»; la bala entró gimiendo en la caseta de la barca. Estaba deseando tener un arma mayor, una pistola ametralladora. Me tendí de barriga en el suelo, cubriéndome detrás de unos arbustos. No veía dónde estaba Tony. Durante tres minutos, no supe dónde se había metido. Luego lo divisé sobre el tejado de la caseta.

Entonces vino el segundo disparo de «the Nick», levantando astillas de la puerta. Nuestro hombre se ponía inquieto. Ahora disparaba ya por el gusto de disparar. Yo disparé en respuesta contra la cerradura, y la oí trepidar.

—¡No sea loco, Channing! —chilló «the Nick»—. ¡Usted no sabe lo que hace!

—Creo que sí —le contesté—. Sal, Charley, y charlaremos un ratito como amigos. Es mejor resolverlo así. El juego ha terminado. Yo te hago una pregunta, tú me la respondes, y quedamos los dos como dos buenos compañeros.

Hubo una pausa. Luego:

—¿Cuál es la pregunta, Channing?

—¿Dónde está Dolores Duprez?

Su respuesta fué otra bala que pasó silbando sobre mi cabeza para hundirse, como la primera, en el lago.

Entonces volví a ver a Tony que estaba moviendo los brazos excitado, como un molino de viento. Presumí que había encontrado algo. Traté de adivinarlo por el movimiento de sus labios, que dibujaban las palabras sin pronunciarlas. Al tercer intento, lo conseguí.

Había una claraboya.

Le vi que se arrodillaba y se ponía a forcejear. Luego cejó en su empeño, y optó por golpear el cristal con la pistola. Levantóse un ruido, infernal de cristales rotos y desmenuzados. Y la pistola de Charley «the Nick» entró en acción con un fuego de barrera que ni en El Alamein.

Tony se puso bruscamente en pie, como bajo el efecto de un

golpe dado desde abajo. Durante un segundo estuvo dando traspiés como un borracho, y luego cayó rodando sobre unas matas de aliaga. No produjo ningún sonido más.

Yo pensé que ahora «the Nick» estaría escuchando, creído, que había alcanzado a Brent Channing.

—¿Está ahí todavía, Channing?

Yo cerré los labios con fuerza.

—¡Channing! —En su chillido podían adivinarse ligeras ondulaciones, de pánico.

La contestación que volvió de la orilla del lago, fué el silencio. Yo seguía tendido entre las matas, vigilando la puerta de la caseta. El sol se puso un poco molesto conmigo. Las moscas empezaban a zumbar alrededor de mí. Notaba la humedad procedente de la lluvia de la noche pasada. Los habitantes de las «villas» cercanas al lago de Wilmington, estarían seguramente paseando por la playa, a una milla de distancia. No les alarmaría que se disparara una traca en mitad de la tarde. Así tenía que ser, puesto que nadie se había movido, o si se había movido alguien, yo no había llegado a saberlo. Acaso pensaran que se trataba de una caza de patos.

Yo no había oído que Charley hiciera ningún movimiento dentro de la caseta, más de pronto, la puerta se abrió. Lo suficiente nada más para dejar entrar un poco de aire. Entonces fue cuando cometí mi error. Tenía que haberle dejado salir fuera, a campo libre, para operar mejor. Sin embargo y contrariamente a ello, volví a disparar. La puerta se cerró de golpe, al mismo tiempo que Charley lanzaba un alarido. Los dos sones vinieron juntos; no oí nada más. Dejé transcurrir otros cinco minutos, y luego me arrastré fuera de las matas de aliaga, y fuíme adonde yacía Tony. Tenía los ojos abiertos, y el tic de la mejilla seguía en actividad; al acercarme a rastras, su mirada me iba siguiendo.

Tony llevóse una mano a los labios, y quiso arrancar una sonrisa. Un arranque *amateur*.

—Estoy perfectamente —susurró—. Me ha dado en la mano; no es nada —miré su herida; no era nada, en efecto. Un largo rasguño, solamente—. No quise moverme, ni hablar, ni hacer nada para que Charley no sospechara que éramos dos. Sabía que usted quería engañarle, haciéndole creer que estaba usted solo.

Acaricié su cabeza rubio ceniza.

—Bien por tu parte, Tony. ¿Puedes tenerte de pie? —Así diciendo extendí un brazo, para que pudiera utilizarlo como asidero. Tony se incorporó, y se envolvió el miembro herido con un pañuelo color crema. Tambaleóse por un momento; luego, sacudióse en un estremecimiento voluntario, como un perro saliendo del agua.

—Estoy perfectamente —repitió.

Le di otro minuto para rehacerse. Después abrió la marcha entre las matas hacia la fachada de la caseta. Mi «Colt» me precedía.

—¡Sal, Charley! —grité—. Pero sal con las manos en alto.

No tenía la más leve esperanza de que lo hiciera. No esperaba ver la puerta de la caseta abierta hasta que la abriera yo. Pero de pronto empezó a moverse. Lentamente. Como si hubieran de transcurrir un par de días hasta que quedara el espacio suficiente para dejar paso a una persona.

Dirigí una rápida mirada a Tony que estaba contemplando la escena con los ojos fijos, fascinados. Tenía la boca entreabierta y, amigos, me quedé de piedra. El tic tac desaparecido. Si les dijera que la puerta se movía más despacio que un caracol marchando a paso lento, no cometería ninguna exageración.

Por mi parte, tan pronto sentía calor como frío, como me encontraba empapado de sudor. Mudé las piernas de sitio y empecé a pensar que tendría que hacer algo respecto a las mariposillas que sentía revolotear por mi estómago. El sol continuaba cayendo a plomo sobre mi pescuezo; sentí que empezaba a levantárseme una ampolla. El chapoteo del agua contra el desembarcadero, me hizo desviar los ojos para dirigir una rápida mirada a la canoa que se mecía suavemente rozando apenas los tablones. Cuando volví la vista, la puerta se movía aún. Oí que Tony exhalaba un extraño suspiro. Tenía el rostro pálido, y los labios apretados formando una estrecha línea.

Repentinamente me asaltó el temor de que tal como estábamos, constituiríamos un blanco formidable para que uno que saliera por la puerta con el arma dispuesta, nos mandara al cielo directamente. Por lo tanto, hice seña, a Tony con la mano, y le indiqué con mi ejemplo que era mejor que volviésemos a buscar la protección de los arbustos. Cuando estuvimos tras ellos, el movimiento de la puerta siguió como si no tuviera que interrumpirse jamás.

Poco después quedó de par en par. En el lago se oía el chillido de algún ave persiguiendo a un pez. A nuestro alrededor zumbaban las moscas, y una avispa. No me gustan las avispas; siempre, es posible que piquen. La espanté con la mano izquierda, al mismo tiempo que la derecha se cerraba más firme alrededor del «Colt».

—¡Sal, Charley! —grité—. Esto es el fin. Y no te olvides de mantener las manos en alto.

Vimos aparecer una sombra en el umbral de la puerta. Oímos un levísimo ruido de pisadas. Tony se tragó la saliva. Y Charley «the Nick» salió lentamente adelantando un pie y luego otro, como un fantasma.

Sólo que no era Charley «the Nick».

Era una dama. Yo no la había visto nunca hasta entonces.

CAPÍTULO XVI

Tony Duprez fué el primero en moverse. Inclinó la cabeza a la izquierda, luego a la derecha. De lo más hondo de su pecho salió un sonido que no sabría definir, y luego vi que por su barbilla descendía una cascada de espumarajos. Sus ojos se habían vuelto vidriosos nuevamente. Extendió una mano cual si hubiera estado dormido y no supiera dónde se hallaba.

Mientras tanto, la dama seguía andando, un paso después de otro, pasando sobre la acera de cemento de la fachada de la caseta, junto a las matas tras las que estábamos tendidos, entre nosotros, cual si no tuviera el sentido de la vista, por el sendero de gravilla, entre la hierba que le llegaba a la rodilla, por la playa fangosa… hasta penetrar en el lago.

Cuando oí el susurro de su traje de algodón al contacto con el agua, el embrujo se desvaneció. Púseme en pie de un salto, y me precipité a través de la hierba hacia la orilla, del lago. Mientras corría habíame metido el «Colt» en el bolsillo; cuando la alcancé, la cogí con las dos manos. La mujer se dejó caer en mis brazos, inerme y callada. En otro tiempo… cien años atrás quizá, había sido una belleza. Su pelo había sido sedoso; actualmente, parecía de ratón. Lo tenía moteado de blanco, disperso, despeinado, largo. Su faz era de anciana, pero por lo que pude advertir no tendría más de veinticinco años.

Tenía los párpados hinchados, y los labios agrietados y casi sin color. Los hombros le caían como si no tuviera fuerzas para sostenerlos. No hablaba. No hacía nada como no fuera descansar en mis brazos, inerme, con el abandono de una persona a quien ya nada importa para nada. Sus ojos, los de una víctima de las drogas, me miraban, aunque yo pensé que en realidad no me veían. De

pronto se puso a temblar; atravesando la hierba y las aliagas, la llevé hacia la caseta.

El parpadeo de sus ojos ante la luz del sol, me dió a comprender que no lo había visto durante muchísimo tiempo. La mujer se dió cuenta de que la conducía hacia la caseta, y lanzó un alarido agudo, largo, terrorífico. Entonces me detuve, y la deposité en el suelo junto a un matorral.

Tony Duprez se puso en pie, y se inclinó para mirarla. Así quedó, inmóvil, durante un minuto largo. Por sus mejillas rodaban las lágrimas; el tic nervioso había revivido otra vez. De pronto, se echó a su vera, cogiendo su antiguamente hermosa cabeza entre sus manos. Y apretando su rostro contra el de la enferma, le gritó al oído con una insistencia obsesionante:

—¿Quién es usted? ¿Cómo se llama?

Porque Tony no quería creer que fuera su propia hermana. No podía creerlo. Le cogí por el brazo, y levantó los ojos. Esto era despertar a los muertos; Tony tenía el semblante de un hombre que hubiera sido más feliz si hubiéramos dejamos que los muertos siguieran durmiendo.

—La conoces, ¿verdad, Tony? —el respondió en silencio con un movimiento afirmativo de cabeza, y sus lágrimas, manaron tan abundantes, que empapaban en pequeños trechos el vestido de algodón de la mujer. Mi compañero la depositó suavemente sobre el suelo y se levantó.

—He ahí lo que han hecho de Dolores —murmuró, con la faz hosca, fea y hundida—. Le han dado drogas (la cocaína la enloquece) y la han tenido prisionera todo este tiempo. ¡El malvado!

La mujer emitió un débil sonido. Tony dejó de mirarla con ojos cargados de pena, y se arrodilló de nuevo, mientras ella volvía a mover los labios.

—Dolores —decía tan bajo que uno tenía que aguzar el oído hasta el límite para percibir la palabra—. Dolores, Dolores —repitió, con una voz cada vez más menguante y que llegó a desfallecer.

Les dejé allí en el jardín, y fui a inspeccionar la caseta de la barca. «The Nick» había caído muerto, cara al suelo, con las manos en los riñones. Acaso se estremeció una vez antes de entregar el

alma a Dios, pero no más.

Su occipucio no tenía buen aspecto; no lo tendría jamás. Me acerqué, y con la punta del pie hice rodar el cuerpo tendido. No estaba rígido aun…; estaba fláccido como un saco de harina. Quedó mirando cara al cielo; ahora su fisonomía no era ya el laberinto de líneas que uno no habría querido ver.

Entré en la «villa» andando pesadamente; mientras descolgaba el teléfono, procuré volver la espalda al difunto *Mr*. Olsen Bacall. Ahora sabía que el teléfono funcionaría también. No eliminaban el polvo y las telarañas, pero los servicios públicos les eran imprescindibles y los conservaban. También yo necesitaba ahora un «Chesterfield».

Lo estaba encendiendo, cuando obtuve comunicación con el oficial detective Murphy.

—¿Spud? Está todo resuelto. Lo único que te resta es enviar la brigada móvil. ¿Qué tal os ha ido el asunto con el *African Queen*?

—Magnífico, Brent. Es una suerte el contar contigo… a veces. Hemos desbaratado el mayor y más fuerte contrabando de diamantes jamás conocido en los Estados Unidos.

—¿Nosotros? —puntualicé yo, con una sonrisa sarcástica.

Él pasó por alto mi réplica.

—Y tenemos en nuestro poder a un voluminoso negro que hablará copiosamente. Presenta una herida en el muslo… Recuérdame, Brent, que tengo que preguntarte cómo le fué ocasionada. No obstante, no ha bastado a detener su charla. Parece que la señora Dolores Duprez… (recuerda; fué la primera esposa de Olsen Bacall; ¿o es que tu memoria no alcanza tan lejos?) no murió. Él simuló su muerte para tener dónde guardar sus piedras. El negro ha dicho que Dolores, se había enterado del asunto, y había amenazado a su esposo con informar a la policía. Él la metió en algún sitio alejado. Pero la segunda dama que se puso amenazadora (Phillipa) fué despachada sin ningún requerimiento especial. A su debido tiempo me pondré a investigar este punto. Mi primera diligencia será detener a Bacall por bigamia, asesinato y tráfico de diamantes. Santo Dios, la cosa no tiene fin, Brent.

—No —repliqué yo—: la cosa no tiene fin llevada al ritmo lento, pedestre, bajo el que trabajáis vosotros, amigos. Tendrías que buscarte un empleo en los periódicos. Te enseñarían a

despabilarte…

Spud estaría rascándose la calva cabeza.

—Lo cual quiere decir…

—Quiere decir lo que te he dicho, que está todo resuelto. Te hablo desde un hotelito llamado «Duprezwille», sito en Wilmington. Tu amigo Olsen Bacall está aquí.

Él silbó.

—¿Está ahí? Salimos enseguida con unas esposas.

—No te preocupes por las esposas, Spud. En lugar de esposas, tráete un cuchillo.

—¡Un cuchillo, caramba! ¿Y para qué ha de servir ese instrumento?

—Para cortar la cuerda y bajarle al suelo. Olsen es un cadáver a quien no podrás arrestar por todos esos cargos que ya nunca más significarán nada. Ah, Spud, manda una ambulancia.

Mi amigo volvió a silbar. Esta vez dos octavas más alto. Estaría cogiendo el teléfono como si no lo quisiera soltar jamás.

—¿Dolores Duprez? Di, Channing; ¿me estás tomando el pelo? Te he dicho que en realidad no murió. ¿Dónde está?

—¿Tú me lo has dicho? Spud, estás todavía en la escuela de párvulos. Dolores está aquí, conmigo. Viva. ¡Soy yo quien te lo dice!

Hubo un silencio de tres minutos; el tiempo que Spud invirtió en digerir todo aquello. Luego:

—¿Está herida?

—Sí —contesté amargamente— ha sufrido, pero no en el sentido que imaginas…

Spud me interrumpió con su verborrea de irlandés que venía a decir más o menos:

—Yo no imagino nada, so pelmazo. Lo sé. El negro ha charlado por los codos. A la señora Duprez le administraron drogas, y la guardaron en determinado lugar para que Bacall, Heisler, Charley «the Nick» y cualquier otro truhán pudiera ir a verla. Lo que no he podido es encontrar a nadie que descubriera en qué guarida la tenían. Tú la has encontrado; ¿no es verdad, Brent? Dime: ¿por qué no ingresas en la policía?

—Tengo demasiado trabajo, Spud, para conseguir que vosotros, compañeros, no podáis meter las narices en ciertos asuntos.

Spud no hizo caso de mi pulla.

—¿De modo que el lugar era Wilmington? ¿Cómo lograste saberlo? —Su voz adquirió un tono duro—. Parece como si escondieras algo, Brent. Ésta es una ofensa muy seria.

—Te lo estoy diciendo ahora mismo; ¿no es cierto?

—Sí, naturalmente… Porque no puedes guardártelo más tiempo para ti solo —entonces reflexionó un momento—. Apostaría a que el tipo ése de Bacall tenía una vivienda de recreo en ese poblado. ¿Había acomodado con elegancia a la prisionera?

Yo contesté:

—Sí. En una caseta para la barca.

EPÍLOGO

Así, pues, vinieron a buscar a Dolores y la llevaron al hospital de Lennox Hill. Y Spud y yo hablamos toda la tarde y hasta bien entrada la noche; por fin conseguí que empezara a aceptar mi versión, según la cual tenía que haber sido Charley «the Nick» quien colgó a Bacall. Por otra parte, a Tony Duprez no le molestaba que Spud lo creyera así.

Después, estuve mucho tiempo sin saber de Dolores ni de Tony Duprez. Publiqué una serie de relatos sobre el caso Bacall, y Watkins, el director del *Evening World* dejó de aullar y volvióse casi humano, de modo que sólo arrancaba trozos de madera a bocados de la mesa del despacho y ya no se volvía, además, contra las sillas.

Un día, Edwina Blake me llamó por teléfono. La niña cargó los hilos de la línea con palabras de agradecimiento, de elogio, de adoración, hasta lograr que la vanidad me hinchara el pecho de un modo excesivo. Luego me recordó que nunca le había dedicado un autógrafo, y preguntóme si me podía enviar el cuaderno. Le dije que sí, y así lo hizo.

Éste era, pensaba yo, el final del caso Bacall. Y tal fué hasta que recibí un cable. No contenía muchas palabras, pero decía muchas cosas. Y cuando lo hube releído por décima vez, hice un ademán a Perkins, quien me sirvió un vaso de «Scotch», cuyo vaso levanté en alto ofreciendo un brindis.

—¡A la salud de Dolores y Tony Duprez! —exclamé. Aunque creo que mi voz vaciló un poco—. Un par de muchachos excelentes.

Perkins me miró fijamente durante un segundo, movió la cabeza lentamente y desapareció como siempre lo hace, sin necesidad de que yo frote ninguna lámpara.

Entonces releí el cable por undécima vez. Decía:

> «Alégrame informar Dolores casi restablecida; nuestros organismos vencieron casi efectos suplicio. Trabajo en una plantación de caña azúcar. Cuba es un gran país. Iremos a buscarle en cualquier momento quiera tomarse unas vacaciones. —Tony».

Metí el cable en mi cartera, y la cerré de golpe, como si escribiera también la última palabra de la historia de los Duprez.

FIN


Cualquier
momento es bueno...
D.D.T
CONTI
...PARA LEER
El DDT
LA PUBLICACION
MAS DIVERTIDA DE
TODOS LOS TIEMPOS
SOLO CUESTA 2 PTS.

José Pané Argelich, usó los seudónimos de Brent Channing y Danny Spade.

Notas

[1] «Brass knuckles». Literalmente, «nudillos de bronce». Se trata, del instrumento denominado «puño inglés», que presta a los golpes mortal contundencia. < <

[2] Inglés de los barrios bajos. <<

[3] Alusión al cuento de Aladino y la lámpara maravillosa. <<

[4] Aguardiente escocés. < <

[5] Martes Lardero. <<

[6] Montaña Carablanca. < <